

*Homenaje a Don Raúl M. Bustamante: Selección de sus escritos literarios e históricos*

Imprenta Nacional

Montevideo, 1955

3 volúmenes

Gentileza del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay

**Se decidió digitalizar los discursos que inician el primero de los volúmenes de este homenaje, de los que restan aún algunas páginas.**

## NOTA PRELIMINAR

*El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay resolvió tributar un homenaje a su Miembro de Honor, don Raúl Montero Bustamante, con motivo del cincuenta aniversario de la recitación de su canto a Lavalleja al inaugurarse la estatua del prócer en la capital del Departamento que hoy lleva su nombre.*

*También decidió el Instituto editar una antología de los escritos literarios e históricos de don Raúl Montero Bustamante.*

*Invitada a patrocinar esta publicación la Academia Nacional de Letras, designó para representarla, a su Vicepresidente, el doctor don Eduardo J. Couture.*

*La obra que se publica prologada por nuestro eminente compatriota y Académico de Número de la Academia Nacional de Letras, doctor Dardo Regules, es expresiva muestra de la vocación de escritor, del pensamiento, de las direcciones espirituales, de la sensibilidad estética, del criterio ecuánime, del gusto y del arte del estilo de Montero Bustamante. Constituye, además, una ejemplar lección de este ilustre hombre de letras, que sirve, sin pausas, desde hace más de cincuenta años, a la cultura nacional y que incorporó a ella, con páginas como éstas, escogidas de su vasta y varia producción, algunas de las de más alta jerarquía escritas en nuestro medio en el campo del ensayo, de la biografía y de la crítica histórica y literaria.*

ARIOSTO D. GONZALEZ

## LOS ACTOS DE HOMENAJE

El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, dirigió, con fecha 8 de agosto de 1952, a su Miembro de Honor, don Raúl Montero Bustamante, la siguiente nota:

Don Raúl Montero Bustamante

Ciudad

Ilustre colega:

En oportunidad de cumplirse el próximo mes de octubre el cincuentenario de la recitación de su canto a Lavalleja, - laureado en el concurso que se celebró con motivo de la inauguración del monumento al prócer en la ciudad de Minas - el Instituto ha resuelto, por acuerdo unánime, expresar a usted, en una sesión pública, el testimonio de su admiración y de su simpatía.

A los méritos de su ejemplar y asidua consagración al cultivo de los valores sustantivos del espíritu, que se reflejan en una obra escrita de jerarquía eminente y en los relevantes servicios prestados a instituciones de cultura, agrega el Instituto, como de particular significación, señor Miembro de Honor, los de su permanente vinculación, desde el año 1915, a esta casa de estudios.

Por lo uno y por lo otro, considera un deber de justicia recordar, el próximo 9 de octubre, aquel acontecimiento literario que significó su poema premiado con la medalla de oro.

Al tener el honor de llevar a su conocimiento esa decisión del Instituto, me es grato expresarle los sentimientos de mi mejor consideración.

*Ariosto D. González*  
Presidente

*Arturo Scarone,*  
Secretario

*Alberto Reyes Thevenet,*  
Secretario

## RESPUESTA DE DON RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Montevideo, 10 de setiembre de 1952.

Señor Presidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, Don Ariosto D. González.

Difícil me ha sido, señor Presidente, hallar en mi espíritu el tono que corresponde al contenido de su atenta nota de fecha 8 de agosto ppdo. para contestarla y decir a usted y a sus dignísimos colegas, mis cofrades, cual es mi emoción y mi sentimiento de gratitud al recibir la confirmación oficial de la demostración que el Instituto ha resuelto tributar a mi modesta persona en ocasión de cumplirse los cincuenta años de haber yo obtenido el primer premio en el concurso nacional celebrado con motivo de la inauguración del monumento erigido al Jefe de los Treinta y Tres en la ciudad de Minas.

Jamás soñé que esa composición juvenil alcanzara ni el lauro de 1902 conferido por el Jurado que integraban los Doctores D. Pablo De María, D. Gonzalo Ramírez, D. José M. Sienra Carranza, D. Manuel Herrero y Espinosa y D. Joaquín de Salterain ni este otro que, medio siglo después, confiere el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, más que al joven e inexperto cantor de aquella época, a un hombre de buena voluntad que ha envejecido porque los años han caído sobre él, pero cuya vocación no ha declinado ni su pluma ha dejado de correr sobre las cuartillas en su afán de servir, antes que otra cosa, los intereses de la cultura pública.

No hallo palabras, señor Presidente, con que agradecer a usted y a mis dignísimos colegas esta demostración que, si me abruma en mi pequeñez, me dignifica y me estimula porque veo en ella, además de un galardón personal que nunca habría creído merecer, una prueba consoladora de que en nuestro país hay hombres e instituciones que acuerdan a las actividades del espíritu y a la obra desinteresada de quienes las cultivan la jerarquía que les corresponde en la escala de los valores humanos sociales; porque sino fuera así nada justificaría este homenaje de que se me ha hecho ya objeto con sólo formular este propósito en el seno de esa ilustre corporación, a la cual me siento tan hondamente vinculado, y comunicármelo de manera especial, y dar publicidad a la iniciativa en la forma generosa en que se ha hecho.

Me pregunto, señor Presidente, y lo pregunto también a usted, si esta generosa y desinteresada demostración no está ya cabalmente cumplida, y si no sería el caso detenerla ahí, dando a la nota que he recibido del Instituto verdadero carácter de ejecutoria de honor que conservaré celosamente y legaré, como timbre preclaro, a mis hijos. Lo digo así con absoluta sinceridad, sin poyar esta sugestión en mi estado de salud y en mis escasas fuerzas físicas, sino porque creo que el hecho que provoca la demostración, en lo que a mí se refiere, no guarda relación con la magnitud de la misma.

Pero si el Instituto insiste en realizar el acto programado, yo asistiré de todos modos a él, y si no me traicionan las fuerzas, ofreceré personalmente a mis colegas las expresiones de mi hondo

agradecimiento y diré que si el canto a Lavalleja es acaso simple alarde de juvenil osadía, el tiempo transcurrido desde que, al finalizar el pasado siglo, comencé a escribir para el público, hasta los días que corren en que aun mantengo la actividad diaria de la pluma, sino por el valor intrínseco de lo que y he producido, sí por mi persistencia en la vocación literaria, puede ser útil como récipe contra la timidez o desconfianza de los jóvenes y contra el escepticismo y cansancio de los viejos.

Perdone, señor Presidente, este alarde de vanidad que es, acaso, consecuencia del generoso juicio de ustedes, y dígnese aceptar y transmitir a mis eminentes colegas mi sentimientos de honda y emocionada gratitud, y aceptarlos ustedes con las expresiones de mi más alta consideración y cordial amistad.

*Raúl Montero Bustamante*

## I

### ADHESIÓN DEL CONSEJO NACIONAL DE GOBIERNO

(Versión oficial)

En la sesión realizada el 16 de octubre de 1951 por el Consejo Nacional de Gobierno, el Ministro de Instrucción Pública Don Justino Zavala Muniz dió cuenta que la Academia Nacional de Letras haría un homenaje al señor Montero Bustamante, entendiendo que el Consejo no debía ser indiferente a este hecho. Si bien desde el punto de vista personal tiene convicciones filosóficas opuestas a las del señor Montero Bustamante, eso de ningún modo lo inhibía reconocer en él, a un hombre que ha trabajado digna y eficientemente con ejemplaridad por la cultura del país. Le parecía, pues, que el Gobierno debiera hacer sentir su presencia de algún modo en este homenaje que considera de toda justicia, ya que se tributará a un hombre que de tal modo ha trabajado, y lo admirable es que sigue trabajando, como en plena juventud, al servicio de la cultura. Propuso que se autorizara al Ministerio a enviar una comunicación, invocando la representación del Consejo, con los propósitos expresados.

El presidente del Consejo apoyó la proposición del señor Ministro en el sentido de que el Gobierno se asociara a ese homenaje por intermedio de una comunicación que el señor Ministro transmitirá en nombre del Consejo a los organizadores del mismo.

Expresó, así mismo que había sido invitado para concurrir en el día de hoy, jueves, a las 19 horas, al homenaje que se le ofrece al señor Montero Bustamante, por el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, y que asistirá a dicho acto. Con ese motivo deseaba expresar lo que acaba de manifestar el señor Ministro, que es un homenaje bien merecido, y que el señor Montero Bustamante ha dedicado gran parte de su vida, o toda su vida, a revivir y actualizar los valores positivos que tiene el país, tanto en literatura como en arte. Ha mantenido la *Revista Nacional* con verdadero esfuerzo, aun poniendo a contribución las horas de descanso a que podía tener derecho, y dedicando sus momentos de descanso aún estando enfermo. Es él, realmente, el nervio de dicha Revista; sin él habría desaparecido, y en ella ha recogido todo lo que aparece en el país desde hace muchos años, con un valor que él ha considerado digno de destacarse; en ella han tenido cabida, sin distinción, todos aquellos que han querido contribuir desinteresadamente al progreso y desenvolvimiento de las artes y de la ciencia. De modo que el homenaje es bien merecido por el señor Montero Bustamante, y es honor para los que lo tributan. Fué un hombre que no negó su concurso a todo aquello que fuera atender esos altos valores espiritual que tiene el país.

El Ministro de Salud Pública expresó que el doctor Blanco Acevedo, quién no pudo asistir ayer, le habló con mucho interés de este homenaje que el Instituto Histórico y Geográfico va a hacer al señor Montero Bustamante. Cree innecesario hacer referencia a la personalidad del señor Montero, pero sí referirse sobre todo a dos puntos

que considera fundamentales que son: el mantenimiento de dos revistas, la *Revista Nacional* y la *Revista Moderna*, pero sobre todo la primera. Se han recopilado en esa revista posiblemente todos los artículos e informaciones que más tienen que ver con todo lo autóctono nacional. La proposición del Ministro fué aprobada.

MINISTERIO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA  
Y PREVISIÓN SOCIAL

Montevideo, octubre 15 de 1952

Señor Raúl Montero Bustamante

De mi elevada consideración:

Tengo el particular agrado de llevar a su conocimiento que el Consejo Nacional de Gobierno, y a proposición del que suscribe, resolvió por unanimidad hacer llegar su cálida enhorabuena en ocasión en que se tributa justo homenaje a sus altos merecimientos literarios.

A pesar de que en el orden filosófico profundas discrepancias nos separan, y de las incontadas veces en que esas mismas distintas convicciones nos habrán enfrentado en el servicio de la República, me complazco en ser el intérprete de la voluntad del Consejo Nacional de Gobierno, porque la ejemplaridad con que usted ha trabajado durante toda una fecunda vida por la cultura nacional, no podía pasar desapercibida para el Gobierno en el instante en que un destacado núcleo de sus conciudadanos rememora un triunfo juvenil que su vida de escritor justificó con creces.

Crear en la fecundidad de la creación artística, en la aleccionadora presencia de la belleza, dedicando a ello toda una vida, es cumplir en el medio social una noble tarea que los pueblos reglen para su superación y guardan para su orgullo.

Bien merece pues, usted, ilustrado compatriota, que ha destinado sus mejores horas a tan alto ejercicio, el homenaje a que se adhiere el Consejo Nacional de Gobierno por intermedio de estas líneas que me complazco en enviarle.

Muy cordialmente, su admirador y amigo

*Justino Zavala Muniz,*  
Ministro de Instrucción Pública  
y Previsión Social

CONTESTACION DE D. RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Montevideo, 18 de octubre de 1952.

Señor Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social  
Don Justino Zavala Muniz

Tengo el honor de acusar recibo de la nota de fecha 15 del actual en que se digna hacerme saber que el Consejo Nacional de Gobierno, a proposición del Señor Ministro, resolvió, por unanimidad, hacerme llegar su cálida enhorabuena con ocasión de las demostraciones públicas de que me han hecho objeto mis conciudadanos. En esa nota el Señor Ministro me expresa también su complacencia por el hecho de ser en este caso el intérprete de la voluntad del Consejo Nacional de Gobierno, y hace referencias excesivamente generosas a mi consagración al servicio de la cultura del país desde mis primeros días juveniles, a la vez que dicta estas ejemplares y aleccionadoras palabras que, aplicadas a mi humilde persona, por la alta jerarquía de que provienen, constituyen la más alta consagración a que puede aspirar un ciudadano. “Crear en la fecundidad de la creación artística, en la aleccionadora presencia de la belleza, dedicando a ello toda una vida, es cumplir en el medio social una noble tarea que los pueblos recogen para su superación y guardan para su orgullo”. Cuanto contiene la nota del Señor Ministro, incluso la reserva de orden filosófico que, con su acostumbrada sinceridad y franqueza establece el Señor Ministro y que, lejos de limitar el significado moral de dicha nota le da mayor valor y trascendencia, me llena de profunda emoción, de jamás experimentada satisfacción ciudadana, y de honda gratitud que comprende por igual al Consejo Nacional de Gobierno, a los eminentes compatriotas que lo integran y al Señor Ministro a quien me dirijo. Soy, Señor Ministro, un modesto ciudadano que ha consagrado la mejor parte de su vida al servicio desinteresado de la cultura nacional y que jamás ha aspirado a esta singular clase de honras; pero cuando éstas llegan espontáneamente, selladas por la autoridad de los hombres que ejercen el gobierno de la República, no puedo menos de aceptarlas con orgullo y ver en ellas el premio a una vocación literaria que ha perseverado desde los últimos años del siglo pasado, que ha realizado lo que ha podido y como ha podido, y que se mantiene todavía intacta y activa, no obstante la proximidad del ocaso de mi trabajada vida. Al Consejo Nacional de Gobierno de mi país, al Señor Presidente de ese alto cuerpo Don Andrés Martínez Trueba que me otorgó la singular honra de presidir el acto realizado en el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, a usted, Señor Ministro, a todos los que en medio de las graves preocupaciones de gobierno que los absorben han dado tregua a ellas para agregar, con su adhesión y sus generosos conceptos, mayor significado y trascendencia a las demostraciones de que he sido objeto, ofrezco, por medio de estas líneas, la expresión de mi honda y perdurable gratitud. Ruego, pues al Señor Ministro quiera dignarse aceptar estas expresiones y transmitir las al Consejo Nacional de Gobierno conjuntamente con mis protestas de alta y respetuosa consideración. Y usted, Señor Ministro, con quien no obstante haber trabado conocimiento a través de sus libros desde hace muchos años, recién lo he hecho personalmente en los últimos meses para constatar, no nuestras diferencias ideológicas sino las apreciaciones y los juicios en que coincidimos, permítame que le agradezca especialmente los nobles conceptos con que me ha honrado, lo felicite por su gallarda e hidalga actitud y salude con respetuosa consideración al Ministro y con afectuosa y cordial simpatía al amigo.

*Raúl Montero Bustamante*

ADHESIÓN DEL SENADO DE LA REPUBLICA

Cámara de Senadores

Montevideo, octubre 29 de 1952

Sr. Dn. Raúl Montero Bustamante.

Tengo el honor de hacer llegar a usted las felicitaciones del Senado de la República, con motivo del homenaje que ha sido objeto, por parte del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, conmemorando el cincuentenario del “Canto a Lavalleja”, de que usted es autor.

Los señores Senadores que usaron de la palabra, para adherir a tan justa recordación, destacaron la extraordinaria labor literaria cumplida al servicio de la cultura del país, lo que le hace acreedor al reconocimiento de sus conciudadanos.

Se acompaña copia de la versión tipográfica de las manifestaciones hechas por varios señores Senadores.

Saluda a usted con su más distinguida consideración.

*Alfeo Brum*  
Presidente

*José Pastor Slavañach*  
Secretario

*Señor Chouhy Terra.* – Pido la palabra.

*Señor Presidente.* – Tiene la palabra el señor Senador.

*Señor Chouhy Terra.* – Deseo hacerme eco en esta Cámara, señor Presidente, del homenaje que le rinde el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, al señor Raúl Montero Bustamante.

Entiendo que debe tener alguna resonancia en el Senado el hecho de que se reconozcan los altos merecimientos de este preclaro ciudadano, publicista y literato, cuya labor ha sido conocida fuera de fronteras y que concita la atención y el interés de todos los ciudadanos.

Persona ejemplar, ha sabido cultivar su espíritu en las más altas expresiones de la belleza, y ha mantenido siempre un concepto severo de la vida actuando con singular dedicación, incluso en actividades aparentemente alejadas de sus apetencias naturales, la literatura y la historia.

Muy poco podría agregar a lo que las instituciones organizadoras del acto le expresan hoy como homenaje a Montero Bustamante; pero quiero dejar la constancia de que nos adherimos fervorosamente, por la justicia que implica, al reconocimiento de que es objeto.

*Señor Haedo.* – Pido la palabra.

*Señor Presidente.* – Tiene la palabra el señor Senador.

*Señor Haedo.* – Deseo, señor Presidente, sumar mi apoyo a las expresiones elocuentemente formuladas por el señor Senador Chouhy

Terra, con motivo de evocar un hecho importante dentro de la literatura nacional y rendir homenaje de reconocimiento a un ciudadano poseedor de relevantes méritos y de indiscutida jerarquía intelectual, don Raúl Montero Bustamante. El “Canto a Lavalleja” y el hombre, lo merecen ampliamente.

Cincuenta años dedicados en forma constante a la divulgación de nobles ideas, a creaciones propias, a la exaltación de los valores nacionales en libros, revistas y periódicos, constituyen un eminente servicio al país y honran una vida, prestigiada además por el señorío y la virtud.

Siendo Ministro de Instrucción Pública tuve el honor de fundar la *Revista Nacional* y entregar su dirección al señor Montero Bustamante, que lleva catorce años ejerciéndola, con autoridad, pulcritud y desinterés. Si no le sobran como le sobran méritos para merecer el afecto y la gratitud de sus compatriotas, esa tarea cumplida con tanta devoción, bastaría. Habría que agregar una intensa y brillante labor de escritor y publicista. Sin más, una limpia vida privada y una colaboración constante en el bien público, desde importantes tareas docentes y administrativas.

Personalmente siempre he tenido y tengo alta opinión del señor Raúl Montero Bustamante. Me complace decirlo desde el Parlamento, recordando que durante el tiempo que ocupé el Ministerio de Instrucción Pública, tuve en él un colaborador insigne, de un desinterés, de una capacidad, de una decencia, realmente admirables. Estoy seguro que todos los Ministros que requirieron su concurso a través de muchos años y que lo obtuvieron directa o indirectamente participarán de este juicio, no obstante las naturales reservas que pudieran ponerse a algunas de sus opiniones literarias o políticas o a su criterio sobre hechos y hombres históricos.

El respeto por los valores, una ausencia de pasiones violentas, un don de medida y de comprensión y un alma abierta a las solicitudes del bien y de la belleza, aparato de su innegable talento, caracterizan los rasgos que pone en el desempeño de una magistratura intelectual que ha ejercido.

Por estas razones, señor Presidente, adhiero a la evocación que se ha hecho, y propongo que el Senado envíe una nota de felicitación a este eminente compatriota.

(Apoyados).

*Señor Fabini.* – Pido la palabra

*Señor Presidente.* – Tiene la palabra el señor Senador.

*Señor Fabini.* – Me es muy grato adherir, señor Presidente, en nombre de mi bancada a este justiciero homenaje que se rinde a don Raúl Montero Bustamante, distinguido hombre de letras que une, a sus condiciones de brillante inteligencia, dotes personales de caballerosidad y dignidad personal, como lo han podido apreciar quienes han tenido ocasión de conocerlo.

Ha sido muy destacada la actuación de este eminente compatriota en el campo de las letras, sobre todo, en la *Revista Nacional* donde ha realizado una obra muy interesante y digna de todo elogio.

Me congratulo, pues, señor Presidente, en adherir a las expresiones de homenaje al señor Raúl Montero Bustamante, que se han vertido en este Senado.

(Se vota: *Afirmativa*).

- Es copia fiel del original.

*José Pastor Salvañach*  
Secretario

## CONTESTACION DE D. RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Montevideo, 30 de octubre de 1953.

Señor Presidente de la Cámara de Senadores, Dr. Don Alfeo Brum.

Señor Presidente.

He tenido el honor de recibir la nota del Señor Presidente de fecha 29 del actual en la que se digna trasmitirme las felicitaciones del Senado de la República con motivo de las demostraciones de que acabo de ser objeto por parte de mis conciudadanos y con la que tiene la cortesía de enviarme copia de la versión taquigráfica de las manifestaciones que con tal motivo hicieron los Senadores Don Pedro Chouhy Terra, Don Eduardo Víctor Haedo y Dr. Don Camilo Fabini. Es para mí inesperada honra, tanto las felicitaciones que el Señor Presidente me trasmite, como las generosas palabras pronunciadas en el seno de ese alto cuerpo. Jamás soñé que en el Senado de la República pudiera pronunciarse mi modesto nombre ni que él concitara las palabras de elogio de los señores Senadores ni que hallaran estos conceptos unánime aprobación. Conservaré la nota del Señor Presidente y la versión que se digna enviarme como una de las más valiosas ejecutorias a que he podido aspirar en mi vida de ciudadano y de hombre de letras. Ruego al Señor Presidente se digne aceptar y trasmitir al Senado de la República las expresiones de mi honda gratitud y mis sentimientos de alta y respetuosa consideración.

*Raúl Montero Bustamante*

III

## EN EL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY

La tarde del 16 de octubre de 1952 la sala del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay estaba colmada de público que ocupaba asimismo el patio de la amplia casa de la Avenida 18 de Julio con motivo de la solemne sesión pública realizada para tributar homenaje al Miembro de Honor de la corporación Don Raúl Montero Bustamante. Presidió la sesión el Presidente del Consejo nacional de Gobierno Don

Andrés Martínez Trueba, a quien acompañaban, entre otras personalidades el Nuncio Apostólico Monseñor Alfredo PACINE, los embajadores del Brasil. Dr. Walter Jabim, Chile Don Enrique Fajardo y Méjirco Don Pedro Cerisola, el Arzobispo de Montevideo Monseñor Antonio Ma. Barbieri, los ex Presidentes de la República Ingeniero Don José Serrato y Dr. Don Juan José de Amézaga, el Rector de la Universidad Arquitecto Don Leopoldo C. Agorio y numerosos miembros del Instituto, de la Academia Nacional de Letras y de la Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay.

El Secretario del Instituto, Alberto Reyes Thevenet, leyó la nota del Ministro de Instrucción Pública y Previsión Social Señor Don Justino Zavala Muniz, en la que en conceptuosos términos trasmite la adhesión del Gobierno de la República al acto y dió cuenta de las numerosas adhesiones recibidas de corporaciones culturales del país y del extranjero, entre éstas, academias y centros de estudios históricos de todo el Continente.<sup>1</sup>

En seguida el Presidente del Instituto, Don Ariosto D. González, pronunció el discurso inicial y a éste sucedieron los discursos de los señores Dr. Don Eduardo J. Couture, Vicepresidente de la Academia Nacional de Letras, Profesor Don José Pereira Rodríguez, Miembro de Número del Instituto, cuyo discurso fué leído por el Miembro de Número Don Simón S. Lucuix en razón de hallarse enfermo el Profesor Pereira Rodríguez, y Don Raúl Montero Bustamante, quien fué acogido en la tribuna con clamorosos aplausos que el auditorio le tributó puesto de pie.

Se insertan a continuación los discursos en el orden en que fueron pronunciados:

#### DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL INSTITUTO HISTORICO Y GEOGRAFICO DEL URUGUAY, SR. D. ARIOSTO D. GONZALEZ

---

<sup>1</sup> Se recibieron adhesiones de: Academia Nacional de Letras. Facultad de Humanidades y Ciencias. Montevideo. Comisión Nacional de Bellas Artes. Montevideo. Banco de la República Oriental del Uruguay. Montevideo. Sociedad de Hombres de Letras del Uruguay. Montevideo. Club Banco República. Montevideo. Ministerio de Ganadería y Agricultura. Junta Honoraria Forestal. Montevideo. Asociación Patriótica de Minas, Lavalleja. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires. Academia Nacional de la Historia. La Paz. Academia Nacional de Historia y Geografía. México. Academia Chilena de la Historia. Santiago de Chile. Academia Mexicana Correspondiente de la Española. México. Academia Nacional de la Historia. La Habana. Academia Nacional de Historia. Quito. Academia Colombiana de Historia. Bogotá. Academia de Geografía e Historia. San José. Academia Panamericana de la Historia. Panamá. Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito. Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas. Asunción. Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Santiago de Chile. Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Guatemala. Sociedad de Geografía e Historia de Honduras. Tegucigalpa.

El Embajador de Francia, Mr. Edouard Guyon, informó que su Gobierno había conferido al señor Montero Bustamante la promoción en el grado de la Orden Nacional de la Legión de Honor.

Una fecha con la vibración de un gran recuerdo de juventud, profundamente grabado en la vida espiritual de Don Raúl Montero Bustamante, es la que el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay ha elegido para iniciar un homenaje a su eminente Miembro de Honor con esta solemne sesión pública, presidida por el Señor Presidente del Consejo Nacional de Gobierno don Andrés Martínez Trueba y que alcanza proyecciones americanas, como lo habéis comprobado por la lectura que acaba de hacerse de honrosísimas adhesiones de las Academias y centros de cultura histórica del Continente.

En el certamen poético efectuado el año 1902 para celebrar la erección del monumento al general Lavalleja en la ciudad de Minas, la composición premiada con la medalla de oro fué la de Montero Bustamante.

Entra la varia y múltiple producción de su Miembro de Honor, en la pluralidad de hechos de su fecunda vida vinculados a actividades del espíritu, el Instituto pudo, para fundar este homenaje, haber optado por algún tema o motivo más directamente relacionado con sus orientaciones y estudios preferentes, quizá algún trabajo de pura erudición, o de exposición crítica de la historia, o de evocación de personajes y sucesos del pasado. Ha querido, sin embargo, obedeciendo a un maduro designio, unir el consagrador triunfo literario de hace cincuenta años con esta sesión pública especial de hoy – a la que le da la significación y la trascendencia de un acontecimiento que será consignado largamente por la crónica de la casa – porque le ofrece la oportunidad de rendir su tributo de gloria al heroico Jefe de la Cruzada Libertadora, de distribuir justicia entre los compatriotas que le pusieron sobre los estribos de su corcel de guerra en la estatua con que el arte de Juan Manuel Ferrari le perpetuó en su ciudad natal y de enaltecer el mérito de Raúl Montero Bustamante, una de las personalidades nacionales que, en las últimas décadas, han trabajado con ,más desinteresado y sostenido afán por el acrecentamiento y la difusión de la cultura general, y especialmente, de la cultura humanística, de tan honda trascendencia en la formación intelectual y moral de estos pueblos nuevos.

Pero, además, al traer a la memoria – como estímulo para este acto – el canto a Lavalleja de Montero, seleccionándolo entre otras páginas suyas de más estricto carácter histórico, el Instituto ha deseado confirmar su tradición original y primera, que supo encontrar en la poesía, en el ritmo de los versos, con la vida del sentimiento, de la razón y de la fantasía, el culto del solar nativo, de los ideales americanos y de los principios directores obtenidos de fuerzas nutricias, de factores naturales, de la tradición y de la historia. En el año 1844, precisamente la noche del 25 de Mayo, el Instituto Histórico celebró su primera sesión pública. Allí se leyeron as composiciones poéticas que se editaron poco después, con el título de “Cantos a Mayo”. Cuenta Miguel Cané que, leída cada poesía, don Andrés Lamas, que ejercía la Presidencia, invitaba a su autor a tomar asiento junto a los miembros del Instituto, lo que hacía el poeta entre los aplausos del público. El ilustre cronista, que pertenecía a la falange de los proscriptos, agrega: “Así la autoridad y el pueblo premiaban el genio que entre los conflictos de esta lucha

fratricida no había renegado las creencias de la patria y las cantaban dignamente”.

Asociar el canto de Montero Bustamante a Lavalleja con aquella velada literaria de 1844, que evocaba una gloria esencial de la Revolución americana, es unir, en lamisca tradición, a una distancia ya más que centenaria, el culto a la libertad y a la democracia, que en el amanecer de la Agraciada, en al carga de centauros de Sarandí, en los días febriles de la Defensa y en todos los tiempos difíciles de la República, han encontrado, con puntualidad infalible, sus héroes, sus mártires y sus poetas.

Señores:

Don Raúl Montero Bustamante es típicamente un hombre del Instituto Histórico. Lo es en lo que tiene de más honroso, de más digno y de más característico. Fué su secretario en 1915, fué su Presidente después; fué y sigue siendo su colaborador asiduo, su consejero insustituible, su amigo leal en todas las horas. No llegó aquí como la hiedra hipócrita que se deslizó hasta el árbol, para vivir, levantarse y traicionarlo. Montero Bustamante vino con la dignidad, el señorío y el prestigio de un director y fué par entre sus iguales y primero entre sus pares. Trabajos fundamentales, informes y crónicas, el vario material que se utiliza después de un largo estudio o que surge al contacto de las exigencias premiosas de la vida, las chispas que saltan al incesante batir el hierro sobre el yunque, todo lo ha dado al Instituto con la pródiga liberalidad, el limpio desinterés y el ademán abierto del que se siente dueño de inagotables tesoros o del que tiene, como virtud natural, la fecunda virtud de sembrar en todas las direcciones del espíritu, sin preocuparse de los vientos que impulsan sus simientes.

Ponderado y diáfano, con la extraña aptitud de descubrir, de sorprenderse y de admirar, le guían desde la primera juventud, la generosidad en el juicio y el equilibrio de la imaginación, del gusto, de las inspiraciones entusiastas y de la razón severa. En las nutridas páginas de “Vida Moderna”, en las animadas notas del “Parnaso Oriental”, en este mismo canto a Lavalleja, aparecen claros y definidos, junto al artista de vocación ingénita y nativa, con la fuerza sensible para dominar los secretos de la composición y del estilo, la conciencia escrupulosa con el sentido infalible de la belleza que la libera de los caprichos fugaces de la moda, de las vicisitudes del gusto literario, de las seducciones de un arte enfermizo de vida efímera y sin gloria. Tenía ya entonces el reposo, la medida, la serenidad y la tolerancia de la vejez, sin que se desfibraran el ímpetu, la iniciativa, el ardimiento, el entusiasmo, la fe confiada de la juventud. Por una legítima compensación en la vida armoniosa de Montero Bustamante, tiene ahora, en la plena y tranquila madurez de su talento, la mente fresca, el optimismo caudaloso, el dinamismo fecundo de los tiempos mozos.

Y, como en los años juveniles, en esta vida ejemplar dominan, sobre los intereses efímeros, sobre las conveniencias transitorias y las exclusivas apetencias materiales, la vigilante fidelidad a las inspiraciones rectas de un alma cristalina, transida por el empeño de

difundir, con la labor de cada día, los estímulos del trabajo intelectual en sus formas más nobles, haciendo trascender, por encima de todo egoísmo y de las limitaciones parciales de las tendencias y de las escuelas, los beneficios positivos de la cultura para superar, por medio de ella, las circunstancias y los accidentes con la luz, la fuerza y la virtud del espíritu.

## DISCURSO DEL VICEPRESIDENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS, Dr. D. EDUARDO J. COUTURE

Si hemos de ser sinceros con nosotros mismos, debemos confesar que los homenajes que el Instituto Histórico y Geográfico y la Academia Nacional de Letras rinden hoy y mañana a Raúl Montero Bustamante tienen un texto y un pretexto. El pretexto es el cincuentenario de su celebrada composición a Lavalleja; el texto lo constituye su larga y ejemplar vida al servicio de la cultura de este país.

Raúl Montero Bustamante ha sido sucesiva y alternadamente, periodista, profesor, poeta, diplomático, historiador, crítico, ensayista, funcionario en los planos superiores de la función pública, director de la *Revista Nacional* y Presidente de la Academia Nacional de Letras. Pero acontece con su vida como en el *Eupalinos*, de Valéry, en que Sócrates dice a Fedro: “El niño que viene es un tropel de gentes que la vida reduce pronto a un mero individuo, el que se manifiesta y muere. Nacieron conmigo una copia de Sócrates, de la que poco a poco se desprendiera el Sócrates destinado a los magistrados y a la cicuta. Se nace *muchos* y se muere *uno solo*”.

De tantas empresas como las que él lleva acometidas, una estaba destinada a sobrevivir y a permanecer; una, que es como la síntesis de todas ellas: su rectorado espiritual.

La Presidencia de la Academia Nacional de Letras fué la cátedra desde la cual él estaría llamado a impartir su lección; el lugar que le estaba reservado; el que más se adapta a su modo y circunstancia; el sitio que no le honra, porque es él quien honra el sitio.

No son la hora y el lugar de esta tarde, los más propicios al discurso, sino a la meditación. Emprendamos, pues, coloquialmente, una meditación en voz alta sobre este hombre singular, en cuyo torno hoy nos congregamos. Tratemos de ver en común qué es lo que trasciende de su mensaje.

...

La pregunta que debemos formularnos, para comenzar nuestra reflexión es ¿rectorado de qué? Y nos contestamos: rectorado del estilo, primero; de la comprensión, luego; de la virtud, por último.

Pocos escritores en nuestro país han logrado conservar a lo largo de su vida un estilo más personal.

Acaso su estilo consista... en no tener estilo. Lo que sale de su pluma es siempre correcto, tan límpido, que sólo se advierte su pureza tomándolo en grandes masas. No es el suyo el estilo chispeante que

deslumbra, sino el estilo sereno y lúcido que alumbraba. Pero ese estilo y su perfección no son sino el lado externo de un contenido de análoga pureza. Es Montero Bustamante un humanista en el mejor sentido de la palabra. El estilo es sólo su instrumento. Si, como dice el precepto, la vida imita al arte mucho más de lo que el arte imita a la vida, con el estilo de este escritor acontece que ha realizado su función ejemplar imponiendo a la vida su propia perfección. Su pureza externa y su interior dimensión humanística han modelado la vida de muchos de sus discípulos y, en cierto modo, han sido un modelo para su vida. Raúl Montero Bustamante bien puede ser considerado un discípulo de sí mismo, el maestro y el aprendiz de su propio estilo.

...

Pero además del rectorado del estilo, Montero Bustamante ha ejercido el de la comprensión.

Su oficio de ayer y de hoy es el comprender. Su página sobre Vaz Ferreira, cuya tinta se halla aún fresca, es un modelo de comprensión de un hombre con el cual tiene muy claras diferencias temperamentales. Pero esa misma comprensión la ejerce diariamente en su crítica a los libros de este tiempo. Pocos hombres de su generación comprenden mejor que él a los jóvenes. Ninguno los ha estimulado más cariñosamente; nadie les ha abierto con más generosidad las puertas hacia la fama, ya sea con sus críticas, ya sea con la revista cuyo gobierno ejerce. Sus semblanzas de presentación de los nuevos escritores que aparecen al pie de su primera colaboración en la *Revista Nacional*, constituyen ya, como apostolado de la comprensión, una suerte de literatura clásica en este país.

El secreto de este aspecto de su alma se encuentra en aquel memorable discurso pronunciado por Montero Bustamante en el Palacio Taranco por estos mismos días de 1943, en el acto inaugural de la Academia. En él trazó el derrotero de la Academia para el tiempo futuro. Fueron sus palabras, en cierto modo, la epifanía, el anuncio de cuanto habría de realizar en ella en el orden de la comprensión del pasado, de consolidación del presente y de preparación del futuro. Tomó el dístico de la entonces naciente Academia, *Vetera servat, fovet nova* y desarrolló, por vía de exégesis, todo lo que se puede obtener de este arte de conservar el pasado y estimular el futuro. Propuso, entonces, tomar parte para el arte de manejar las palabras, el viejo consejo de Quintiliano: escójense de las palabras nuevas las más antiguas, y de entre las más antiguas las más nuevas. Propuso, asimismo, a quienes tuvieron la dicha de escucharle, la fe en el impulso humano y en el progreso. Pero el procurar todo esto, no cesar en el esfuerzo de tender el arco hacia las cosas bellas, esto es, hacia el bien y hacia la verdad. Cada escritor, añadió, puede y debe agregar al acervo universal del arte su acento personal, "el nuevo estremecimiento". Y culminó con este precepto de comprensión: con lo que debemos embriagarnos no es con el presente, sino con lo que éste tiene de permanente y de universal, con lo que no pasa porque es de todos los tiempos.

Preguntémonos ahora nosotros por virtud de qué caminos interiores puede un hombre vivir su vida entera en la constante acechanza de lo duradero del pasado y del presente.

“La belleza, escribió un día el filósofo, es una noción relativa. Se halla en la pupila de quien la contempla”. El arte de la comprensión y su efectivo rectorado ejercido por Montero Bustamante, es el objeto de su propio arte, de su natural sentido de la belleza, de su aptitud para captarla donde se encuentre. Su pupila tiene una especie de dirección natural hacia las cosas hermosas, cualquiera sea el sitio en que se hallen. En haber llegado a adquirir esa natural dirección consiste su enseñanza.

El tiene un efectivo placer en hablar de la bondad de los otros y de la belleza de lo que ellos hacen. Había llegado, pues, el momento en que fuéramos nosotros quienes diéramos testimonio de su bondad.

...

Pero con ser muy grande su rectorado en ese estilo y en la comprensión, serían poca cosa si no estuvieran acompañados de su rectorado en la virtud.

De él puede decirse que la vida es el sostén de su obra. El atractivo de su realización, no es sino el reflejo de su admirable equilibrio interior, de su pureza intrínseca. Nada hay en su contorno que quiebre esa pristinidad en la virtud. Su vida pública sólo rivaliza en pureza con su vida privada. Su vida privada sólo rivaliza con la pureza de su mundo interior. Cuando decimos hoy de él (y la palabra está en los labios de todos) que es la suya la vida *de un gran señor*, damos a las palabras su efectivo significado. Señorío es dominio; dominio de la circunstancia en homenaje a la instancia. La vida es como una larga perspectiva que debe hacerse cada día, pero en la que cada día es una obra en sí, a realizar en consideración a la plenitud de la obra de vivir.

Existe una secreta y misteriosa relación que liga nuestra naturaleza, tal como es, y la cosa que nos agrada (¡qué bien expresó esto Pascal en sus páginas de pre-muerte!). La vida de Montero Bustamante, su docencia en el ejemplo y la virtud, no son sino una revelación de esa secreta relación entre su alma y el mundo.

La mejor enseñanza de un maestro es la enseñanza que atañe a su conducta. El ay se filtra entre las líneas que escribe, se escapa entre las palabras que pronuncia, se presiente en el brillo de sus ojos y en la serenidad de su frente. Todos los que, en modesta o encumbrada escala, hacemos la docencia lo hemos percibido algún día. Nuestros alumnos intuyen a través de lo que decimos la dimensión de todo lo que callamos. Es juzgado el maestro más por lo que calla que por lo que profiere; y lo que callamos es, justamente, nuestra intimidad, lo intrínseco de nuestra propia vida, su secreta y misteriosa relación con las cosas que nos rodean.

Cuando hoy celebramos la parte visible de la obra de Raúl Montero Bustamante, estamos también celebrando la parte secreta e invisible de su propia vida.

...

He aquí, señoras y señores, el resultado de la meditación de esta tarde. La vida se revela en el estilo; pero el estilo no es sino el lado externo de la comprensión; y, a su vez, la comprensión no es sino el lado externo de la virtud, de la secreta y extraña proporción que une al alma con el mundo circundante.

Estas cosas, como tantas otras, las han intuído tan bien los artistas como los filósofos.

Más de una vez viene a la mente, cuando se piensa en esto, lo que un maestro decía a sus discípulos en su inmortal testamento: la superficie es tan sólo la extremidad de un volumen que empuja desde adentro; toda vida surge de un centro en el que germina y luego va desde el interior hacia el exterior; el relieve viene desde adentro y es él el que determina el contorno.

Así acontece también en el orden moral. Nuestra vida externa, nuestra conducta, viene de adentro. Nuestros actos son sólo reflejos de la conciencia. De ésta depende todo. Puede decirse que, fuera de ella, todo viene, evangélicamente, por añadidura.

No es, pues, lo de hoy un homenaje: es un juicio; el juicio de una generación que proclama la excelencia de una virtud tensa y sostenida; tanto como la larga y fecunda vida a la que pertenece.

#### DISERTACION DEL MIEMBRO DE NUMERO DEL INSTITUTO PROFESOR DON JOSE PEREIRA RODRIGUEZ

### **Exaltación de Don Raúl Montero Bustamante**

Es difícil y aventurado sintetizar una proteica acción intelectual que abarca más de cincuenta años, y que, todavía, se mantiene en esplendorosa y dinámica plenitud. Debo, no obstante, cumplir la decisión de mis cofrades, en homenaje al Miembro de Honor que está más encumbrado. El Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay resolvió honrar, mercedamente, a don Raúl Montero Bustamante en ocasión de cumplirse medio siglo de la fecha en que fué coronada de verde laurel simbólico, la frente veinteañera del que es hoy nuestro grande hombre de letras. Este homenaje que se le ofrece, y en el que colaboran ilustres compatriotas y eminentes extranjeros, testimonia cuánto se quiere y cuánto se admira a quien hoy preside la Academia Nacional de Letras y ayer fuera nuestro destacado Presidente.

#### I

Hace más de cincuenta años – exactamente, el 25 de febrero de 1900 – Julio Herrera y Reissig, desde “La Revista”, que dirigía, dijo de Raúl Montero Bustamante, presentándolo a sus lectores:

“Se destaca entre todos los jóvenes de su generación, y su musa tiene murmuraciones del Rhin y gorjeos de los ruiseñores del Norte, que cantan en las noches misteriosas de otoño, a la luz blanca del plenilunio.

Su estilo es elegíaco. Adora a Heine y su ideal sería vivir en un torreón de la Alemania poética”.<sup>1</sup>

El ya prestigioso poeta de la Torre de los Panoramas, pocos meses después, reiteraba su opinión admirativa por que “con el modesto título de “*Versos*” –escribía- ha aparecido un folleto de que es autor el inteligente joven Raúl Montero Bustamante”. Y agregaba aún, para concretar, sin reticencias, su franco elogio: “es a nuestro juicio (el libro) más precioso que ha visto la publicidad en el presente año”.<sup>2</sup>

Cinco años más tarde, otro de nuestros grandes escritores, Julio Lerena Juanicó, escribía con desusada vehemencia: “Raúl Montero Bustamante es el más joven entre los literatos nacionales que descuellan”. Y para destacar el aplomo y la prestancia de su señorío intelectual, completaba tal afirmación con esta frase digna de una inscripción numismática: “su pluma tuvo siempre treinta años entre sus manos de niño”.<sup>3</sup>

El poeta de tal modo elogiado en los comienzos de su actividad intelectual, principia a buscar, en la solemnidad quejumbrosa de Enrique Heine y en los nocturnos musicales de José Asunción Silva, adecuada resonancia a sus tristezas juveniles, propias del “mal del siglo”. No es romanticismo dulzón el que vierten sus quejas, en las zozobras desventuradas. Es, más bien, el resultado de un rastreo inquisitivo y filosófico en procura de las raíces de esa natural melancolía que nace del buscar, dentro de sí mismo, el sentido profundo de la razón de vivir. Por esto, en su hora, está más próximo a María Eugenia Vaz Ferreira que a Julio Herrera y Reissig. El mundo de sus sueños tiende los velos simbólicos para encubrir los temas poéticos. La música, preferentemente Beethoven y Chopin, inspira algunos de sus poemas. Junto al poeta intimista con cierto misticismo verlainiano y espíritu religioso abrevado en la Biblia, golpea el sonoro yunque el vate de las exaltaciones épicas. De Montero Bustamante, en lo atinente al modernismo literario, podrá decirse un día, que fué de los que contribuyó con su obra y con su juventud novecentista, a dar corporeidad significativa a dicho movimiento en el Río de la Plata.

## II

Entre el pórtico augural de Julio Herrera y Reissig y el juicio consagratorio de Julio Lerena Juanicó, resuenan los versos vibrantes del canto épico-lírico, en el concurso celebrado el 15 de setiembre de 1902, en ocasión de inaugurarse el monumento a Lavalleja, en la ciudad de Minas. Un Tribunal integrado nada menos que por Pablo De María, Gonzalo Ramírez, José M. Sienra Carranza, Manuel Herrero y Espinosa y Joaquín de Salterain, confirió a Montero Bustamante el lauro triunfal. La recia figura ecuestre del bronce de Juan Ferrari, encontró digna resonancia poética en el canto. Y fué así que el doctor José Sienra

---

<sup>1</sup> **La Revista.** Literatura y Ciencias. Año I, N° 4, Tomo II, Montevideo, febrero 25 de 1900

<sup>2</sup> **La Revista.** Año I, N° 8, Tomo II, Montevideo, abril 25 de 1900.

<sup>3</sup> Raúl Montero Bustamante, **El Parnaso Oriental**, Montevideo, 1905. Nota de pie de página firmada por Julio Lerena Juanicó

Carranza, en la noche del 12 de octubre de 1902, inició su discurso, pronunciado en el Teatro “Unión” –hoy *Escudero*- de la ciudad de Minas diciendo solemnemente:

...

“A cada uno el galardón que merece. En este día de la glorificación de Lavalleja necesitamos exclamar también: “Honor al joven laureado poeta”.

Honor a usted, don Raúl Montero Bustamante, cuyo canto al gran prócer le ha conquistado la medalla de oro asignada como primer premio en el poético torneo.

En nombre del jurado que se la ha discernido, presento a usted la más calurosa congratulación”.

El *Canto a Lavalleja* que debió ser leído en la velada literario-musical, en razón de que una lluvia inclemente impidió hacerlo al pie del monumento, no es, como acaba de decirlo su autor intentando regir este homenaje, “simple alarde de juvenil osadía”. El *Canto a Lavalleja* figura con dignidad entre los mejores de su época. Se amolda al canon clásico del género. Sin romper la línea de los modelos perennes, comienza con una entusiasta invocación que remansa en una visión restropectiva:

Allá va, confundida  
Entre el tropel de trágicos recuerdos  
La sombra de la patria  
Por todas sus victorias escoltada,  
Por todos sus martirios redimida,  
Por todos su trofeos circuída  
Y por todos sus héroes custodiada.  
¡Artigas, Lavalleja,  
Rivera, con su indómito gauchaje,  
todas las glorias de la patria vieja  
Como un turbión de inspiración salvaje!

La visión gigantesca se circunscribe, luego a evocar al “héroe de la agraciada” y a exaltar su presencia simbólica en el bronce que se levanta circundado por un horizonte de azules serranías:

Mirad cómo desfila  
Al pie del monumento,  
Esa visión que vive en mi pupila:  
Al frente va el guerrero,  
¡Aquel de Sarandí!... pueblo, contempla  
Su silueta de luz... transfigurado,  
Erguido en los estribos se incorpora:  
¡Es la visión gloriosa del pasado!  
Brilla sobre su frente  
Toda una libertad, toda una aurora,  
Todo un sacro poema sobrehumano,  
Y está en sus labios el vibrante grito:

“¡Carabina a la espalda y sable en mano!”

Y así el canto va desenvolviendo y entremezclando patrióticos recuerdos para darle a la obra plástica un sentido dinámico en la rememoración histórica. La identidad del tema con el que inspira a “La leyenda patria” obligaba casi a ineludibles coincidencias y, sin embargo, el *Canto a Lavalleja* no desmerece, ni disminuye sus valores intrínsecos en el cotejo valorativo.

### III

Al lírico del folleto, titulado “*Versos*”, y al cantor de Lavalleja, siguió, en 1905, el antólogo de “*El Parnaso Oriental*”. Este “Parnaso Oriental” –escribió Ernesto Morales en “La Prensa” de Buenos Aires– compuesto por un joven de menos de 25 años, entusiasta, devoto de la materia expuesta, ponía al alcance de nuestra sed poética un conjunto de versos en el cual podíamos seguir la parábola de la lírica uruguaya”.<sup>1</sup>

La antología compilada por Montero Bustamante es un modelo en su género: fué la primera entre todas su contemporáneas americanas. El *Prólogo* esquematiza la evolución de la poesía del Uruguay, desde sus orígenes hasta la época “de confusión y desconcierto” correspondiente al principio de este siglo, “preñado de inquietud, de ensueño y de quimera”. Las *Notas crítico-biográficas* con que el compilador ilustra las composiciones seleccionadas, exponen incontestables méritos y son, en su sintético contenido, muestras fehacientes de ecuanimidad en el juicio y de sagaz buen gusto en la elección. Esta feliz predisposición de Montero Bustamante para captar los valores de un escritor y concretarlos en la brevedad de un juicio certero, constituye una de las características de su personalidad intelectual y tiene su mejor exteriorización en las múltiples notas bíbliográficas y críticas que ha prodigado, con generosidad sin par, en sus tres periódicos literarios.

Consecuentemente, Montero Bustamante resultó figura extraordinaria como Director de revistas de Literatura. Entre todas las proteicas manifestaciones de su talento, quizá sea ésta la que más le plazca en la recapitulación de su acción intelectual orientadora.

En mayo de 1900 –próxima a desaparecer “La Revista” de Herrera y Reissig– Montero Bustamante funda un quincenario que se tituló “*Revista Literaria*”, como la que había publicado Manuel Ugarte, en Buenos Aires, hasta 1896. Sólo vivió cuatro meses el periódico montevideano, pero fué tiempo suficiente para agrupar en sus páginas a los noveles cultores de las formas estéticas modernistas y recoger las iniciales expresiones del decadentismo literario rioplatense, con sus antecedentes parnasianos y simbolistas. Es curioso destacar, aunque sea de paso, que la fugaz publicación de Montero Bustamante es más representativa del modernismo, que su casi coetánea “La Revista” de Herrera y Reissig, puesto que éste –¡todavía en 1900!– seguía fiel al romanticismo en decadencia.

---

<sup>1</sup> Suplemento dominical del 22 de febrero de 1942

Poco tiempo después de desaparecida “*Revista Literaria*”, Montero Bustamante, en unión del publicista Rafael Alberto Palomeque, reanuda sus actividades al frente del censuario “*Vida Moderna*”, que vive desde noviembre de 1900 hasta setiembre de 1903. Lo que significa “*Vida Moderna*” en la historia del movimiento literario del país y aun del Río de la Plata, no ha sido estudiado todavía, como reclama y merece. Cuando un futuro expositor del proceso intelectual del Uruguay analice la trascendencia de los valores perdurables que allí dejaron su impronta, se comprenderá cuánto le debe la cultura del país a este Montero Bustamante, que hoy recibe nuestro fervoroso homenaje.<sup>1</sup>

Si “*Revista Literaria*” prepara el surco para siembras milagrosas y “*Vida Moderna*” muestra, como en un diorama, la cabal historia de la literatura nacional en uno de los momentos más culminantes de su evolución, ¿qué decir de lo que es y significa la enorme labor cumplida por Montero Bustamante al frente de *Revista Nacional*? Quince años, ininterrumpidos, lleva su publicación desde que, en 1939, Eduardo Víctor Haedo, Ministro, entonces, de Instrucción Pública, resuelve crearla y encomienda con gesto patriótico, a Raúl Montero Bustamante la Dirección Honoraria. Mantener, con ponderada selección e invariable jerarquía, la persistencia de una publicación literaria, mientras ocurren a su alrededor sucesos políticos y hechos sociales que obnublan el raciocinio, encrespan las pasiones y separan a los hombres, sólo puede lograrlo un gran señor, ante quien, con debido respeto, se aquietan los tempestuosos torbellinos. La *Revista Nacional* es la expresión de una época de la vida intelectual uruguaya en lo que ésta tuvo y tiene de recóndita armonía en el plano de las ideas filosófico-literarias y crítico-históricas. La actualidad encuentra a su Director Honorario en el ápice de una labro monumental que no necesita la perspectiva del tiempo para la estimación de su real magnitud, porque le bastan los ciento sesenta y ocho números que forman ya cincuenta y seis tomos. Y esta obra extraordinaria es mucho más de alabar si se tiene presente que Montero Bustamante, olvidándose de los cuidados que sí mismo debía, no dejó un solo día de prodigar sus desvelos a ese censuario que honra al país como manifestación de su vida intelectual.

---

<sup>1</sup> En un breve ensayo que publicamos en “**Número**”, Año 2, Nº 6-7-8, enero-junio, 1950, titulado “**De la Revista a La Nueva Atlántida**”, y en el que estudiamos las dos publicaciones literarias dirigidas por Julio Herrera y Reissig, dijimos: “Entre **La Revista** y **La Nueva Atlántida** describe su armoniosa parábola cultural “**Vida Moderna**”, desde la cual Raúl Montero Bustamante, con una ejemplar dedicación, lleva a cabo una rectoría intelectual que, todavía, espera que se le haga merecida justicia”. Esta afirmación fué deferentemente acotada por el director de “**Número**”, Emir Rodríguez Monegal, de este modo: “Entre noviembre de 1900 y setiembre de 1903 aparecieron, más o menos mensualmente, 3 números de “**Vida Moderna**”. Los primeros 27, bajo la dirección conjunta de Rafael Alberto Palomeque y Raúl Montero Bustamante, quedando luego éste al frente de la revista. En el Nº 34 –que habría de ser el último- se incorporó a la dirección Julio Lerena Juanicó. “**Vida Moderna**”, publicó algunas colaboraciones de Eduardo Acevedo Díaz, José Enrique Rodó, Albero Palomeque (que fué inspirador en la primera época), Lucio V. Mansilla, A. Bonilla y San Martín, Alvaro Armando Vasseur, María Eugenia Vaz Ferreira, Jules Supervielle (sus primeros versos) y los dos actos iniciales de una traducción de **Hamlet** por Juan Zorrilla de San Martín”. Agrega, a continuación Rodríguez Monegal la nómina de las colaboraciones de Julio Herrera y Reissig.

#### IV

En la Academia Nacional de Letras –cuya presidencia ejerce con singular prestigio- quizás no haya, sin desmedro de ninguna, personalidad más destacada que la de Montero Bustamante. La divisa académica, propuesta por Monseñor Antonio María Barbieri aconseja con acierto: *Vertera servat, fovet nova* (Conserva las cosas antiguas, promueve as nuevas). A este sabio dictamen se acoge Montero Bustamante, ratificando la mágica fórmula de Quintiliano, según la cual las palabras nuevas han de escogerse entre las más antiguas y éstas, entre las más nuevas. Cumple de tal modo, al mismo tiempo, el consejo horaciano de renovarse para cada primavera del espíritu en una magnífica juventud inextinguible. Al trasnochado concepto que considera al académico como ser hermético a los llamados angustiosos del mundo, Montero Bustamante opone la acústica preocupación del hombre, al que, como al clásico Terencio, nada de lo humano le es indiferente. Según Montero Bustamante, “con lo que debemos embriagarnos no es con el presente sino con lo que éste tiene de permanente y de universal”, vale decir, de imperecedero, a través del tiempo, de esencialmente eterno por ser eternamente actual. “Velamos – sostiene todavía, complementando el loable lema académico- por la pureza del idioma y de las bellas letras; pero lo hacemos con amplio espíritu de libertad, procurando que la libertad no destruya el orden porque en tal caso se convierte en demagogia o en libertinaje, que son los caminos que conducen a la decadencia y la disolución”. Como se advierte, Montero Bustamante encuadra su pensamiento en una concepción renovada del conservadorismo idiomático que provocó tantos denuestos contra la Academia. El académico de hoy, tal como se revela en la tarea de Montero Bustamante, tiene que ser un obrero vigilante en la construcción del idioma vivo y un trabajador infatigable para salvar lo nativo, sin desprestigiar lo foráneo.<sup>1</sup>

Esta respetable posición mental –que excluye intransigencias y rechaza novelorías- es la que dió realce singular a Montero Bustamante, en el ejercicio de las presidencias de la Comisión Nacional de Bellas Artes y en los Tribunales para Remuneraciones a la Producción Artístico-Literaria. Tuve ocasión de honrarme con su compañía, en estos últimos, durante varios años. Jamás encontré director de opinión más comprensivo. Su pensamiento ofrecía, con frecuencia, ese punto de coincidencia en que las discrepancias se armonizan. El escritor maduro sabía comprender y entusiasmarse con la obra de la gente nueva. El hombre de arraigadas convicciones político-religiosas, nunca se dejaba vencer por la natural influencia de la camaradería correligionaria. Sobre todo, era de alabar la manera como disciplinaba la tarea común, encauzándola con fino tacto. Y cuando después del ímprobo trabajo, surgía el ataque injustificado –que nunca falta- para desconocer la labor de sacrificio, Montero Bustamante reaccionaba, con elevada serenidad

---

<sup>1</sup> **Boletín de la Academia Nacional de Letras**, Tomo I, N° 1, julio Montevideo, 1946

de ánimo, ante el agravio, e impartía con el ejemplo de su actitud, la mejor lección de tolerancia.

Idéntica postura, y en medio tan áspero como el ámbito de lo plástico, dió a Montero Bustamante, jerarquía sin par, en el desempeño de la presidencia de la Comisión Nacional de Bellas Artes. Este aspecto de su sobresaliente actuación tendrá que ser apreciado por quien sepa exponer lo que significa, en el progreso del arte nacional, la dedicación de Montero Bustamante a su proceso histórico. Baste evocar, además de los Salones Anuales, las Exposiciones retrospectivas. Unos y otras, como en rito litúrgico facilitáronle, para decir en voz alta admirables lecciones sobre estética de lo plástico e historia de lo artístico nacional.

## V

Si hubiese tenido el espíritu mordaz y un tanto libertino de aquel Ricardo Palma que Luis Fernán Cisneros nos pinta como un “viejecito zumbón”, Montero Bustamante habría escrito las mejores tradiciones montevidéanas. Prefirió ser el historiador romántico de las viejas figuras patricias y el evocador documentado, particularmente, de la Guerra Grande y de las próceres figuras de sus protagonistas. La resonancia de aquellos días históricos –que comienzan con el pronunciamiento de Rivera en 1836 y terminan en Caseros en 1852- desbordó el escenario del Río de la Plata y llenó con la voz de sus protagonistas, con el clamor de sus épicas batallas y el entrevero de las gestiones diplomáticas, los ámbitos del mundo civilizado.

Montero Bustamante, desde luego, no constriñe sus investigaciones a los límites de aquella época que tiene expresión homérica en el Sitio y en la Defensa de Montevideo de la que Garibaldi, en la ocasión, pondera como “la ciudad de los milagros”, “asombro y admiración del mundo”. Montero Bustamante rastrea antecedentes y persigue consecuencias. Analiza, describe y reconstruye los días de la que llama la generación de la Guerra Grande que “tuvo la pasión del bien, el culto de los principios morales absolutos, y amó ciegamente las instituciones republicanas”. Y como cada época muestra su corporeidad en una personalidad dominante, Montero Bustamante pinta con veraces colores, el cuadro social y político en que se desenvuelve aquella promoción generacional y traza el esquema del “principismo” y retrata, con nítidos rasgos, a algunos de aquellos sucesores y albaceas del romanticismo político rioplatense. Así se yergue –señora en la avanzada- la figura consular de José Pedro Ramírez, “que puede ser considerado jefe de esta generación”, a quien contemplo de nuevo, en este instante evocativo, como cuando lo ví, casi figura estatuaría, en una mañana montevidéana, al frente de una gran manifestación de exaltación cívica y patriótica, aureolado por la popularidad consagratória de su gloriosa y magnífica ancianidad.

En la faena histórica, la proteica personalidad de Montero Bustamante encuentra el más adecuado cauce para su modalidad literaria, porque concibe la Historia como “una ciencia universal que comprende todas las ciencias y todas las artes que ha creado la humana razón”. Acaso por esto, Montero Bustamante, como si ejercitase labores

taumatúrgicas, intenta “devolver la vida a las cosas del pasado” y utiliza “el relato y la anécdota como medio de hacer conocer el valor heroico y pintoresco de las épocas” y “el carácter de los hombres”. Es esta la mejor manera de escribir Historia que, sea ciencia artística o arte científico, procura, como anhelaba Carlyle, dar vida actual a los hombres desaparecidos y vibraciones vitales a los acontecimientos pretéritos.

La técnica metodológica que evidencian los estudios históricos de Montero Bustamante, muestra que, en la reconstrucción de los hechos, en la apreciación de sus causas y efectos y en el enjuiciamiento de sus actores, elude cuanto puede propender a desfigurarlos. Examina la verdad literal de los testimonios y de las pruebas documentales y a ella ajusta las razones que apuntalan su interpretación retrospectiva. Cuando la información no es convincente, intuye y deduce con objetividad y desapasionamiento.

Muestra sus condiciones de escritor nato, poeta sentimental e historiador documentado en páginas antológicas como esas en que evoca la hora última de Juan María Pérez, un día de primavera, frente al mar, junto al molino de agua del Buceo, en una fragante tarde de noviembre...<sup>1</sup>

Montero Bustamante suele comenzar sus encantadores ensayos históricos, obediente al insuperado método reconstructivo de Macaulay, mostrando las fuentes en que se nutren la semblanza de las vidas y la historia de los días que sobreviven por sobre el tiempo. De tal manera, con proposición y síntesis, realiza la “exégesis de las ideas políticas, sociales y literarias” en cuyo ámbito se desenvuelven vidas y sucesos mientras cambia el paisaje espiritual de la época. No es la suya la disecadora labor del investigador acuciado por el afán de encontrar y mostrar minucias sorprendentes; es, más bien, el espectador, jamás indiferente, que describe con retazos pictóricos y recuerda con emoción.

Cada uno de sus “*Ensayos*” del período romántico –que corresponde, en lo más representativo, al siglo XIX- muestra perfecciones dignas de encomio: ya es Andrés Lamas, el del “alto magisterio intelectual”, que hizo Historia y escribió Historia, y por ello presido con honor, desde su perennidad, las sesiones de nuestro Instituto; -ya es ese “dandy” incorregible, don Cándido Juanicó, cuya cabeza fué la “mejor organizada del Río de la Plata”, según Lucio Vicente López; -ya es Melchor Pacheco y Obes, alma bolivariana, que, con elocuencia arrebatadora, defiende, en el destierro, nuestra debilidad y nuestra pequeñez y muere lejos de la patria, como un albatros de poderosas alas, que sólo son fuertes para la tempestad; -ya es Alejandro Magariños Cervantes, en cuya casa solariega, el salón literario dió ocasión para ejercicio de su patriarcado intelectual; -ya es el joven Mármol, el del Certamen Poético de 1841, el bardo de hiperbólicos apóstrofes; -ya es Manuelita Rosas, con su psicología contradictoria, que magnetiza de simpatía la sufrida soledad de su ocaso; -ya es, por último, la figura admirable de Juan Carlos Gómez en quien el romanticismo político de la época encuentra al arquetipo del “último gentilhomme” que cantó a la Libertad como a una novia y murió, en solitaria vejez de

---

<sup>1</sup> Raúl Montero Bustamante, **Juan María Pérez**, Casa A. Barreiro y Ramos S. A., Montevideo, 1945

voluntaria proscripción, el doble dolor de amar a la Patria en el destierro y de sufrir en el corazón, la tristeza de la soledad y de la juventud perdida...<sup>1</sup>

El ensayo –según el español “Andreino”- “es un género que le pone alas a la didáctica y que reemplaza la sistematización científica por una ordenación sintética”.<sup>1</sup> De todos los géneros literarios, ninguno como él los concentra y los muestra en tan mágica unidad. Montero Bustamante es un ensayista de la más alta alcurnia. Puede parangonarse con los mejores del mundo hispano hablante.

Su correspondencia literaria de “La Prensa” de Buenos Aires, durante varios años, sus correspondencias de peregrino curioso por tierras de América y de Europa y las reminiscencias de sus lecturas copiosas en “*La Ciudad de los Libros*”,<sup>2</sup> ofrecen el testimonio irrecusable de su amplia cultura humanística, de su erudición sin vanidades y de su sensibilidad exquisita, en múltiples ensayos. Pero lo admirable de toda esta labor, no recogida, íntegramente, en su libro, es la lección irreprochable que da el ensayista, tanto en su obra como en su vida.

Mientras el dorado otoño de los setenta años resplandece en la dicha de su hogar patricio, como en campo de blasón heráldico, no cesa la acción de este trabajador ejemplar. Junto a la admirable esposa – dilecta hija de don Juan Zorrilla de San Martín- que vigila sus horas laboriosas, y gozoso en la plenitud de su rueda familiar, Montero Bustamante recoge, día tras día, el renovado testimonio que sube de la calle y le dice que, con el respeto hacia su obra, no se extingue el cariñoso respeto hacia su persona.

...

Hace cincuenta años, don Raúl Montero Bustamante era ya un triunfador. ¡Lo sigue siendo, todavía! Tenía, entonces, veintiún años. Fiel a su noble destino, no se envaneció con la promesa que le daba, en floreciente juventud, la proximidad de fáciles conquistas. Siguió avanzando, sin impacencias prematuras. Soslayando la inmediata tentación del triunfo, destinó sus horas a los estudios históricos, para indagar en los hechos y en los hombres, los perfiles biográficos de nuestro pasado. Analizó lo pretérito, con amor y sin odio, con probada austeridad regida por la razón vigilante y por el buen sentido crítico. Ocupó la cátedra universitaria e impartió enseñanza con la unción de quien sabe que está plasmando almas, impartiendo conocimientos y creando cultura. Trabajó junto a José Toribio Medina –y a invitación de este gran polígrafo- en el “Diccionario de Pseudónimos Americanos”. Hizo periodismo beligerante, porque en este país no es posible dejar de ser periodista cuando se trae una buena intención en el propósito y una

---

<sup>1</sup> Raúl Montero Bustamante, **Ensayos**, Palacio del Libro, Montevideo – Buenos Aires, 1928.

<sup>1</sup> Eduardo Gómez Baquero (Andreino), **El renacimiento de la novela del siglo XIX**, Editorial Mundo Latino, Madrid, 1924.

<sup>2</sup> Raúl Montero Bustamante, **La ciudad de los libros**, Imp L.I.G.U., Montevideo, 1944

clara verdad en el pensamiento. Desempeñó la Secretaría General del Banco de la República y en ella disciplinó su saber con el estudio teórico-práctico de las cuestiones económicas y la complejidad de los problemas financieros. Se acostumbró al rigor lógico y a la claridad matemática en la exposición de sus ideas. Alegró la romántica melancolía de sus comienzos poéticos con la felicidad hogareña que le dió en la vida, la certidumbre de una larga dicha. No hubo una palpitación de trabajador intelectual para personificar el hombre de letras más representativo de estos últimos tiempos, en el país.

Así lo encuentra la realidad de hoy, en medio de la anarquía intelectual en que vivimos, actuando con discernimiento comprensivo, haciendo de la crítica un alto ministerio para justipreciar los valores relativos de la producción ajena y para exponer, con pródiga generosidad, los méritos de la gente nueva y los merecimientos de la que dejó de serlo. Continúa siendo el maestro de alta alcurnia, al que no se interroga en vano y en cuya boca están –siempre desbordantes- el consejo alentador y el elogio estimulante que acucian la voluntad y ponen en ejercicio el afán de perfeccionamiento.

Este hombre de bien a quien hoy reverenciamos, pudo haber sido –si se lo hubiera propuesto- tanto como un rector de cultura –que lo es, con noblísima prestancia- un hombre público, de esos a quienes el envión de la política empuja hacia los primeros planos de la popularidad. Prefirió la tarea solitaria, sin puertas clausuradas, de la vida intelectual. No acaudilló cenáculos literarios en donde superabundan las alabanzas recíprocas mientras se niegan los valores de los heterodoxos; ni fué su taller de trabajo, inalcanzable torre de marfil. Supo señalar caminos en medio de los desconciertos estéticos, sin imponer pautas inflexibles, porque bien sabía que se realiza mejor la emancipación de una conciencia, cuando se vive el gozo de la libertad sin menospreciar la disciplina del deber. Mantuvo enhiestas sus ideas, y respetando las ajenas, reafirmó las suyas. Cuando la incomprensión tentó herirlo, no cayó en el desánimo, antes bien redobló su esfuerzo con optimismo esperanzado, como si la diaria madrugada le ofreciese renovadas luces para iluminar el sendero perdido. Por esto, Montero Bustamante, con acendrado amor por lo clásico y sin desmedro de lo moderno, relee al viejo Horacio con pasión de humanista en la tarde de su existencia admirable y fecunda, no para despedirse evocando antiguas emociones, sino para remozar en la lectura del presente, las viejas enseñanzas perdurables. Y así está ahora, señero en su encumbrada serenidad de patriarca de la cultura de la República.

Don Raúl Montero Bustamante pudo haber sido –siendo tanto como es- mucho más todavía. A estas posibilidades no apetecidas, debemos el triunfo auténtico de un gran escritor. Por esto el Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay, al ofrecerlo este homenaje, cumple con un deber inaplazable de justicia, porque es justiciero y aleccionador, cuando todavía está, envidiablemente, lúcida una mente privilegiada, expresar cómo repercute su magisterio en nuestras almas y decirle a las generaciones que avanzan hacia el porvenir, que en la grandeza de la obra cumplida por nuestros varones ilustres, está amaneciendo la inmarcesible gloria de la Patria.

DISCURSO DEL MIEMBRO DE HONOR DEL INSTITUTO  
D. RAUL MONTERO BUSTAMANTE

Para agradecer este homenaje, que me enaltece en mi pequeñez y me abruma en mi debilidad, solamente encuentro en mi espíritu esta trivial expresión elíptica que, acaso por ser trivial, lo dice todo: ¡Gracias!

Gracias Señor Presidente del Consejo Nacional de Gobierno por haber venido a presidir este acto y agregarle lustre y honra con vuestra presencia, que es un nuevo testimonio de que en vuestro concepto de la ciencia de gobernar, concedéis la jerarquía que corresponde a las inquietudes de la cultura; gracias a los Consejeros Nacionales, ex Presidentes de la República y Ministros de Estado; gracias Señor Nuncio de su Santidad; gracias Señores Embajadores y Ministros; gracias señor Embajador de Méjico que, con vuestra prestancia traéis aquí la representación de la ilustre Academia Mejicana; gracias Señor Arzobispo de Montevideo; gracias Señor Rector de la Universidad; gracias señores miembros de honor y de número de esta ilustre casa de estudios que, a todas las dignidades y honores con que me habéis condecorado agregáis ahora este tributo que no tiene ejemplo; gracias a las corporaciones nacionales y extranjeras y a las personas que han adherido a esta ceremonia; gracias a todas las personas que asisten a este acto, y gracias especiales a vos, señor Presidente González, que habéis comprometido vuestro juicio de austero historiador y de sagaz crítico al hacer, en tal elocuente y afectuosa forma, mi elogio; a vos, doctor Couture, que tantas cosas bellas, nobles y generosas habéis dicho, con ese magnífico don de la palabra que poseéis y que sabéis usar con el mismo señorío con que prodigáis vuestra sabiduría; al señor Profesor Pereira Rodríguez, que ha comprometido también su posición de maestro de la lengua y de crítico literario, para juzgar mi modesta labor de hombre de letras, y en cuya lamentada ausencia ha asumido personería mi buen amigo el Miembro de Número Sr. Simón Lucuix.

Al considerar el carácter y significado de esta ceremonia, y escuchar los bellísimos discursos que aquí se han pronunciado, yo no puedo menos de experimentar la misma sorpresa, el mismo asombro que experimentó el personaje de *Le Bourgeois gentil homme* de Molière cuando su profesor de humanidades le reveló que hablaba en prosa.

Bien: yo no voy a discutir con vosotros, puesto que sós maestros en estas lides de dialéctica literaria y que siempre me venceríais, si no con las armas de la lógica que nos enseña que la verdad es la realidad, *FERUM est id quod est*, como dice San Agustín, sí con el arsenal de la imaginación que, aun sin ser movida por la peregrina locura de Don Quijote puede convertir las humildes ventas en castillos feudales y los poéticos molinos en furibundos gigantes. Reconozco, pues, que hablo en prosa, como Monsieur Jourdain, y que también lo he solido hacer en verso, puesto que el motivo aparente de esta acto es recordar que, hace medio siglo, la composición que yo escribí en los años juveniles en honor del Jefe de los 33 Orientales fué laureada con la medalla de oro en el concurso nacional a que fueron convocados los poetas de la época,

con motivo de la erección del monumento al General Lavalleja en la ciudad de Minas.

Esa composición anda todavía por el mundo, acaso más que para gloria del humilde cantor, para justificar el fallo del senado de próceres que le otorgó el primer premio: Gonzalo Ramírez, Pablo De María, José Sienna Carranza, Manuel Herrero y Espinosa, Joaquín de Salteraín, representantes de la última generación romántica, si es verdad, -yo no lo creo,- que el Romanticismo, como dicen los franceses, ha hecho su tiempo.

Cuando vuelvo los ojos hacia aquella época y evoco el recuerdo de los hombres que alcanzó a conocer mi generación, siento todavía viva la huella que esos esclarecidos varones dejaron en nuestra imaginación y en nuestra sensibilidad, y la influencia que ejercieron sobre nuestra inteligencia, nuestro carácter y nuestra conducta. Me explico así el profundo sentido de aquellas palabras que escribió Chateaubriand al describir la breve visita que él, joven desconocido, hizo a Jorge Washington en la modesta casita en que vivía el gran demócrata en Filadelfia: “Me siento feliz de que su mirada se haya posado en mí; ello me ha reconfortado para el resto de mi vida”. Y todavía el defensor el trono y del altar agrega esta epifonema; “Hay una secreta virtud en la mirada de un grande hombre”. Ya lo creo que la hay. Por eso dice Carlyle en el libro de los Héroeos que no podemos fijar nuestra consideración en un grande hombre, siquiera sea imperfectamente, sin que nuestra alma gane algo en ello. Y si ganamos con el contacto, sea directo, sea espiritual a través del tiempo, con un grande hombre, más ganamos cuando ese contacto se produce con una generación prócer, como lo fué aquella que comenzó a extinguirse luego de salvado el umbral del siglo XX, que fué la que erigió el monumento a Lavalleja.

Habían nacido aquellos hombres en los angustiosos días de la Guerra Grande o en los años que sucedieron inmediatamente a la paz del 51. de todos ello recibimos lecciones de carácter, de entereza cívica, de conducta, de patriotismo, sobre todo. Esos hombres entregaron a mi generación, intacto, el mensaje que habían recibido de la generación anterior, la que nació en los días de la independencia, generación mártir, de la cual conservamos eso que se supone que está muerto, pero que vive y vivirá, y que acaso es el sentimiento que inspira este acto, y la fuerza espiritual que me permite a mí llegar una vez más a esta tribuna.

De todo esto a que me he referido procede mi pobre canto de 1902, así en su tema y en su esencia lírica, como en la parte formal, que fué una deliberada concesión hecha a los cánones tradicionales, en momentos en que se operaba en nuestro país una verdadera revolución poética, de la cual yo participé, aun cuando sin afiliarme a ninguna capilla, peña o clan literarios, pues siempre fuí rebelde al espíritu gregario.

...

Nos hallamos en una casa de estudios históricos, y en una hora de confianza que no se repetirá, puesto que yo, como dice un

admirable escritor, he encendido ya la lámpara que trae la tarde de la vida.

Todas las cosas, por pequeñas y humildes que sean, física u antológicamente consideradas, tienen su historia en ese misterioso laboratorio, cuyas puertas el hombre no ha logrado franquear, en que las esencias o las substancias adquieren los atributos del ser. Mi modesta composición tiene también su historia y su anécdota, y voy a condensarlas brevísimamente, no porque crea que haya interés en lo que a mi persona se refiere, sino por la relación que esto tiene con un momento típico de la evolución de la cultura del país.

Yo no me habría presentado espontáneamente al certamen de 1902 porque nunca me atrajo la poesía heroica. Mis versos juveniles, que están dispersos en los periódicos universitarios de los últimos años del siglo pasado, y a los que se les acordó cierta originalidad, eran simple reflejo de la lectura de mis poetas favoritos, pero obedecían a una modalidad de mi espíritu y de mi sensibilidad y, sobre todo, a aquel estado de alma de que participó mi generación, que Rodó definió admirablemente en las angustiosas páginas del ensayo “El que vendrá”, que precedió en algunos años a *Ariel*, que fué una afirmación de optimismo y de fe en las fuerzas del espíritu.

Es interesante precisar las características de este estado de alma que me he referido. Grande fué la herencia que en el orden del progreso universal y de la cultura dejó el siglo inaugurado en medio de los resplandores del Imperio de Bonaparte, siglo que presencié los más extraordinarios acontecimientos, las más esenciales transformaciones y los más audaces vuelos del pensamiento humano. Pero esa centuria declinó en medio de la saciedad y la fatiga, de la decepción de los misterios desvelados, de la tristeza de la duda esencial, y de la dolorosa incertidumbre del porvenir. Los que entonces empezamos a balbucear las primeras canciones de la juventud, frente al naturalismo literario que había recogido el legado filosófico del siglo, nos sentimos presa de angustiosa ansiedad y nos refugiamos en los delirios románticos para aplacar la sed de poesía y misterio que devoraba nuestros corazones.

La reacción espiritualista llegó en la hora oportuna. Francia, siempre rectora, nos señaló el camino. En poesía se afirmaron las escuelas decadentes que reconocieron la soberanía del espíritu al dar prelación a los estados de alma y a las sensaciones vagas e inmateriales sobre el grosero sensualismo; en el teatro se insinuó la restauración del drama caballeresco; en la novela y en la crítica los más ilustres escritores se orientaron hacia el espiritualismo integral; y en el terreno especulativo Boutroux y Bergson procuraron reconciliar el filosofismo con la metafísica.

Cuando, en 1900, ya extinguidos en nuestro país los ecos de las ardientes y fecundas luchas ideológicas del Ateneo, el decadentismo o modernismo apareció en Montevideo con Julio Herrera y Reissig y Horacio Quiroga, yo eché mi cuarto a espadas en la aventura, y poco después, me tocó a mí precisamente, ser el colector y crítico de nuestra primera antología modernista. En 1902 yo estaba, pues muy lejos de la oda, o de la silva pindárica, que era la forma obligada en los concursos destinados a exaltar a los héroes.

Cuando se publicó el cartel del concurso Lavalleja no paré mientras en él; pero una noche, en la tertulia cotidiana que hacíamos numerosos amigos de diversa edad alrededor de la mesa de billar en la cual Don Juan Zorrilla de San Martín jugaba su partida de carambola, éste se me aproximó y me dijo: “¿Por qué no se presenta al concurso literario del monumento a Lavalleja?”. Yo me excusé, pero él se refirió a una composición que yo había recitado en una velada, de la cual Carlos Roxlo había hecho caluroso elogio, lo que no era raro en aquel noble y generoso espíritu que se inclinaba siempre a estimular a los jóvenes.

Esa misma noche me puse a trabajar. Antes que nada tenía que vencer mi inclinación natural y tomar el tono. No lo hice como Stendhal, leyendo algunos capítulos del Código Civil, pero sí recurrí a mi colección de pseudos clásicos. Tenía que olvidarme, -¡y qué difícil era eso!- de *La Leyendo Patria*, de las hermosas composiciones de Aurelio Berro y de Joaquín de Salteráin, premiadas en la Florida, de las no menos hermosas silvas de Alcides de María, de *Las dos invasiones* de Carlos Roxlo y de *La marcha de los Héroe*s de Manuel Bernárdez. Quintana, Arriaza, José Nicasio Gallego, del Cadalso y los poetas contemporáneos españoles, naturalmente, entre ellos Núñez de Arce, poco dijeron a mi espíritu. Volví los ojos a *La América Poética* y a *La Lira Americana*, pero ni Heredia, ni Olmedo, ni Bello, ni Caro me dieron el tono.

Confieso que en esto había algo de temor al juicio de mis cofrades decadentes que, seguramente iban a excomulgarme y a tratarme de reaccionario. En estas dudas el azar puso en mis manos un libro que me había regalado mi padre: la edición oficial de las poesías de Olegario Andrade hecha, creo, por el gobierno del General Roca. Releí el poema *Prometeo*, y aquello de “carros de las tormentas” y “negros corceles de granito”, que coincidía uno poco con la nueva sensibilidad -me refiero a la de 1900- y sobre todo con la estética lírica de Herrera y Reissig, me dió ánimo y disposición de espíritu. En la subconciencia del insomnio de esa noche surgió el plan y el tono de mi pequeña epopeya.

En aquella época yo era Secretario del Museo Pedagógico, en cuyas salas precisamente se instaló nuestro Instituto muchos años después. En el silencio y recogimiento de mi cuarto de trabajo comencé a escribir mi poema; trabajé en él toda una mañana y toda una tarde. Volví por la noche y, en medio de la impresionante soledad de las oscuras salas del Museo, refugiado en mi gabinete, no sé si con algo de fiebre, esa misma noche dí fin al poema.

Al siguiente día, por la mañana, leí mi composición a Alberto Gómez Ruano, que era Director del Museo. Aquel generoso y noble amigo, que fué un sabio, pero fué, sobre todo, un patriota, y que tenía por mí afecto de hermano mayor, se exaltó con la lectura y, profundamente conmovido, me dijo: “Yo le daré el lema para su composición”. Hurgó entre sus papeles y me entregó una carilla amarillenta, en la que había escrito con su peculiar caligrafía esa frase de Pelletán: “He puesto la mano sobre el corazón de la patria y lo he sentido latir”. El lema quedó así incorporado al canto. Ese mismo día remití todo al concurso. Por la noche leí la composición en presencia del Dr. Zorrilla. No puedo afirmar que el canto interesara literariamente al

poeta, pero sí puedo decir que no ocultó la sorpresa que le produjo la celeridad con que fué compuesto. Esto no era bastante para tranquilizarme, puesto que no se trataba de un concurso de velocidad sino de un torneo poético. Sirva esta confesión para excusar las incongruencias, reminiscencias, ripios y vaciedades del poema.

Cuando el jurado dictó el fallo, yo fui el primer sorprendido. De poeta trashumante que era quedé convertido en poeta laureado.

En Montevideo se vivía todavía en familia y estas cosas interesaban al público y eran motivo de copiosa publicidad y extensos comentarios. Hubo de todo eso a granel; más de lo necesario para hacer perder la cabeza a un jovenzuelo.

Claro que no faltaron pequeños infortunios. Uno de los Jurados, el Dr. Herrero y Espinosa me llamó y me indicó con mucha insistencia que convenía modificar dos de los primeros versos del poema que decían: “Como gigante acorde – De una enorme y absurda sinfonía”. Esta “absurda sinfonía” que a mí me parecía un hallazgo y que era una concesión al wagnerianismo poético de Herrera y Reissig, al Dr. Herrero y Espinosa le resultaba detestable. Acepté la indicación y sustituí los versos, pero creo que debilité la primera estancia de la composición.

Hubo cosas más desagradables no faltaron quienes dijeran que la pluma del autor de *Tabaré* había intervenido en el poema. La sospecha era irrespetuosa y poco caritativa, pero sí explicable por el tono general de la composición. La verdad es que la colaboración había existido; pero sólo consistió en la indicación para que participase del concurso y en este sabio consejo que muchas veces le escuché al poeta: “Tenga cuidado con los adjetivos vacíos y con las campanas de palo”. Los adjetivos vacíos eran los ripios, y las campanas de palo los floripondios retóricos.

Esta clase de sospechas son muy humanas. Recuerdo un caso semejante. Pocos meses después del concurso Lavalleja fué invitado, conjuntamente con Carlos Roxlo, a hablar en el Teatro Solís, en una función que dió la Compañía de comedia española de Carmen Cobeña en homenaje a Núñez de Arce, que acababa de fallecer. La noche de la velada, un caballero peninsular, muy amigo mío, que gozaba de gran prestancia en el seno de la colonia española, al llegar al teatro se dirigió a un grupo de personas que se había reunido en el vestíbulo y, sin percatarse de que yo estaba próximo a él en otro grupo, dijo, sonriendo mefistofélicamente, esto que yo pude oír: “Vengo a escuchar al joven Montero Bustamante leer el discurso que le ha escrito su futuro suegro”.

El bueno señor, que debía pertenecer a aquella familia de cuyos miembros dice Pascal: *Disseur de bons mots, mauvais, caractère*, experimentó una gran decepción al escuchar mi discurso, que era un pobre balbuceo juvenil, digno de mí, pero indigno del “futuro suegro”.

...

Cuando fué conocida por el público la composición laureada mediante la extraordinaria difusión que le dió la prensa, el folleto y la hoja suelta, mis colegas modernistas sonrieron; Herrera y Reissig dijo: “Es una capitulación”. Armando Vasseur concedió que había hallado un verso hermoso, aquel que dice: “Erguido en los estribos se incorpora”;

otros dijeron, y tenían sin duda razón, que el poema era un vago reflejo de *La Leyenda Patria*. Yo me consolé con los profusos elogios de los diarios y revistas, y con la supervivencia del poema, que siguió recitándose en veladas, actos patrióticos y especialmente en las escuelas de todo el país. No cesó esto a través de los años, y no ha cesado todavía.

Enrique Rodríguez Fabregat, hoy Embajador de la República ante la UN, que, además de gran orador, es un admirable recitador de versos, en una visita que le hice hace muchos años, cuando era Ministro de Instrucción Pública, me dijo: “Ha de saber Ud. que mi primer éxito oratorio lo obtuve, siendo niño, con su composición a Lavalleja, que recité, primero en mi pueblo natal, con estruendosa resonancia, y después en todos los pueblos del interior del país”. Y para corroborar su aserto el Ministro me recitó de memoria la primera estancia del poema.

Señores: Debo concluir.

Tácito consideraba que quince años es una larga etapa en la vida humana. *Quindecim annos, grande mortales aevi spatium*.

Medio siglo ha transcurrido desde que ocurrieron estas pequeñas cosas que acabo de evocar. ¿Qué significan la supervivencia de estos recuerdos y este homenaje que el Instituto, con la presencia de tan ilustres personas, tributa a un hombre viejo, enfermo y fatigado, que vive silenciosamente en el retiro, sin fortuna, sin influencia; que nada pide y que nada puede dar, como no sea la actividad cotidiana de su pluma, que sigue sirviendo desinteresada y modestamente la cultura del país, con el mismo fervor y el mismo optimismo que lo animaban en sus mejores años? ¿Qué significa?

Todo esto quiere decir que nuestro país no ha cambiado en su aspecto moral; que mantiene vivo el sentido espiritual y la sensibilidad estética que, en días lejanos, permitió que ofreciera el magnífico espectáculo de que mientras Montevideo, asediada y desangrada, coronaba a los poetas, estrenaba el *Ruy Blas* de Víctor Hugo, encendía el numen de sus pensadores y funda este ilustre Instituto, en el Cerrito, Eduardo Acevedo redactara el Código Civil, y los tipos con que se componían los tremendos artículos de combate sirvieran para componer también las *Observaciones de Agricultura* de Pérez Castellano y el *Diario de Viaje* de Viana en la expedición Malaspina.

Nada de eso ha desaparecido. La magnitud de los problemas de orden utilitario que ha planteado a la sociedad y al hombre esta época que estamos viviendo, y el apremio con que aquéllos deben ser afrontados y resueltos, relegan, a veces, los problemas de la cultura y la actividad espiritual a segundo plano, y parece que nos alejaran de ellos; pero estos problemas están presentes y esta actividad se mantiene en potencia en las almas y renace luego con mayor vigor y con más avasalladora pasión.

Feliz yo, señores, y feliz mi humilde labor que hemos sido causa de que esta casa de meditación y estudio, que mantiene encendida la lámpara de la sabiduría, y constantemente la alimenta con el aceite del espíritu, haya abierto hoy las puertas de su venerable sala para tributar homenaje, no a mi modesta persona ni a mi modesta obra, sino en mí y en ella, a la cultura literaria nacional, a la persistencia en la vocación, a

lo que puede haber de ejemplar en este largo medio siglo en que, un humilde habitante de la ciudad de los libros, no obstante las exigencias y azares de la vida, no ha desertado un solo día de su mesa de trabajo, e inclinado sobre ella, así en las horas en que se escucha el rumor del mundo y el cielo nos prodiga su claridad como en medio del solemne silencio de la noche, a la luz amiga de la lámpara, no ha cesado de soñar, de pensar, de escribir y de ofrecer desinteresadamente a su país el entusiasmo de su juventud, la acendrada labor de su edad madura y la experiencia y el sereno pensar de su vejez, y que hoy se atreve a repetir, y aplicarse a sí mismo, acaso vanidosamente, la frase de Jouvett: “He dado todas mis flores y mis frutos: soy sólo un tronco desnudo y resonante; pero quien se sienta a mi sombra, algo nuevo escucha”.

#### IV

### EN LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS

#### ACTA DE LA SESION PUBLICA Y SOLEMNE CELEBRADA POR LA ACADEMIA NACIONAL DE LETRAS EN HONOR DE SU PRESIDENTE EL ACADEMICO DON RAUL MONTERO BUSTAMANTE

En Montevideo, el día 17 de octubre de 1952, siendo las 11, la Academia Nacional de Letras, en cumplimiento de lo resulto en la reunión celebrada el día 9 del actual, se congregó en su salón de sesiones del Palacio Taranco con el objeto de celebrar sesión pública y solemne en honor de su Presidente titular el Académico D. Raúl Montero Bustamante. Presidió el acto el Primer Vicepresidente Dr. D. Eduardo J. Couture y asistieron a él los académicos Monseñor Dr. D. Antonio María Babieri, Dr. D. Daniel Castellanos, Dr. D. José María Delgado, Prof. D. Clemente Estable, Dr. D. Emilio Oribe, D. Carlos María Princivalle, Dr. D. Dardo Regules, D. Fernán Silva Valdés, Dr. D. Adolfo Berro García, Prof. D. Carlos Sábat Ercasty y D. Ariosto D. González, asistidos por el Secretario Redactor D. Miguel Víctor Martínez. Concurrió también el Director General del Ministerio de Instrucción Pública D. Juan Pedro Corradi, quién investía la representación del Ministro D. Justino Zavala Muniz, impedido de asistir a la ceremonia, y al parte de la sala destinada al público fué ocupada por numerosas damas y caballeros, entre los que figuraban personalidades representativas de la cultura del país.

Habiendo entrado en la sala el Presidente titular Académico D. Raúl Montero Bustamante, el Sr. Presidente en ejercicio, Académico Dr. D. Eduardo J. Couture, le invitó a ocupar el sillón presidencial, y, a la vez, invitó a ocupar siales de preferencia en la mesa de la Academia al Senador Dr. D. César Miranda, al Vicepresidente del Instituto Histórico y Geográfico del Uruguay Arquitecto D. Carlos Pérez Montero, al Director del Museo Nacional de Bellas Artes D. José Luis Zorrilla de San Martín, al Dr. D. Hugo D. Barbagelata y al Dr. D. Ignacio Zorrilla de San Martín.

El Sr. Presidente Académico Dr. Couture declaró en seguida abierto el acto y dispuso fuera leída la nota del Ministro de Instrucción Pública D. Justino Zavala Muniz en la que éste expresa que, “obligaciones impostergables inherentes a su cartera, le impiden concurrir a la ceremonia, pero que, no queriendo que su ausencia física reste a su adhesión más que aquello que no puede evitar” ha designado al Director General de Secretaría para que invista su representación.

Dispuso también, el Sr. Presidente, la lectura de una carta del Consejero Nacional, Académico Dr. D. Eduardo Blanco Acevedo en la que expresa que “requerido por funciones de gobierno coincidentes con la ceremonia, le impiden asistir a ella como son sus más vivos deseos, pero que manifiesta su más franca y entusiasta adhesión al merecido homenaje al digno Presidente de la Academia”.

En seguida el Sr. Presidente en ejercicio Académico Dr. Couture invitó al Director General del Ministerio de Instrucción Pública hacer uso de la palabra, y éste se puso de pie, y dijo:

Señor Montero Bustamante:

El Ministro de Instrucción Pública D. Justino Zavala Muniz, me ha dispensado el honor de solicitarme concurra en su representación a esta ceremonia en la que la Academia Nacional de Letras tributa, a justo título, un homenaje a su digno Presidente. Me pidió expresara de viva voz, que su inasistencia al mismo, responde únicamente a que funciones ineludibles de gobierno lo retienen, en este preciso momento, en una de las Comisiones del Cuerpo Legislativo. Desea, asimismo, dejar expresa constancia de que, si bien es cierto que físicamente no se encuentra presente, podéis tener, señor Montero Bustamante, la plena seguridad y la firme convicción de que, espiritualmente, lo está y disfruta al ver el aleccionador ejemplo que da la cultura del país al engalanarse rindiendo el apretado y cálido homenaje a un señor que, como vos, señor Montero Bustamante, todo lo habéis dado en aras de las cosas superiores del espíritu”.

A continuación el Sr. Presidente en ejercicio Dr. Couture, dirigiéndose al Académico Don Raúl Montero Bustamante dijo:

Señor Presidente:

Decíamos ayer... (nunca podrá utilizarse con más propiedad la clásica expresión de continuidad en el pensamiento) que habíais ejercido a lo largo de vuestra hermosa vida, el rectorado del estilo, de la comprensión y de la virtud. La Academia Nacional de Letras ha sido convocada hoy porque sus miembros desean daros, individual y corporativamente, la certeza que así lo entienden, presentándoos sus saludos en esta ocasión tan significativa de vuestra vida.

Ha deseado la Academia, asimismo, dejaros como recuerdo este bronce que refleja, expresadas por las propias manos de su hijo, la cabeza y el alma de Juan Zorrilla de San Martín. Deseamos que ella permanezca en vuestra casa, realizando así una suerte de milagro análogo al de las aguas del río que logran algún día volver a sus

fuentes. En vuestra admirable disertación de ayer, habéis expresado, con el acento de intimidad propio de esas páginas, qué grande fué la influencia que el poeta de la patria ejerció sobre vuestra propia vida. Hoy advertimos, con la perspectiva que nos a el tiempo, que había una secreta afinidad entre vuestro carácter y el de don Juan Zorrilla. Uno y otro tenían el mismo sentido de la existencia. Uno y otro pudieron decir, con las palabras con que Unamuno juzgaba a Quijote, que “la vida de su vida era eternizar la vida”.

La investidura que transitoriamente ejerzo, y que en vuestra presencia casi me parece una usurpación, me permite invitar a los señores Académicos a que os expresen sus sentimientos”.

De inmediato tomó la palabra el Académico Monseñor Dr. D. Antonio María Barbieri y pronunció el siguiente discurso:

En este momento en que las clases cultas del país rinden homenaje a Don Raúl Montero Bustamante, no podía faltar la voz de nuestra Academia de Letras.

Pero yo creo que esta voz tiene que dejar su acento académico APRA tomar la blanda entonación de un diálogo de amigos que relajan un poco los rígidos preceptos de la forma y del estilo para dejar ancho cauce al sentimiento espontáneo del corazón.

Porque entiendo que este homenaje que rendimos a nuestro Presidente, los que estamos sentados alrededor de esta mesa cordial, es la expresión de una hermandad amistosa al eminente cofrade.

Yo lo interpreto así.

Somos, pues, los amigos que destacamos los méritos de vuestros, Señor Presidente, recordado eventualmente en la evocación de un triunfo que en tiempo lejano ciñó vuestra frente de un laurel que conserva su lozanía, no obstante que el tiempo que suele barrer las glorias humanas haya dejado caer 50 años sobre su recuerdo.

Yo no voy aquí a enumerar todas las brillantes etapas que jalonan vuestra vida esclarecida. Sería inútil redundancia, pues no hay quien las ignore y en estos días se han puesto en evidencia.

Pero yo voy a deciros una cosa que quizá vos, en vuestra reconocida modestia, no habéis percibido, por lo menos en toda su dimensión.

Señor Presidente, habéis obtenido otro triunfo más importante y trascendental que el que puede suponer el premio a una inspiración feliz.

Es el aprecio general y sincero; es el respeto y la admiración sin retaceos; es la consideración sin excepciones que habéis conquistado por la calidad de vuestro estro, por el vasto acervo de vuestro saber, y por vuestro señorío moral que os ha colocado ya entre las figuras indiscutidas que forman el abolengo de nuestra vida nacional.

Y vos lo sabéis muy bien, Señor Presidente, que sin llegar precisamente a viejo –la vejez, según la Santa Escritura, no debe juzgarse pro el número de los años y vos no tenéis aún edad para ser viejo-; sin llegar, decía, a ser viejo cuando se siente que la vida, como la ola viajera ya cansad de peregrinar por los anchos caminos del mar, se va acocando a la playa para dejar su carga de espuma y tenderse a descansar en la arena, se comprende con total claridad que lo único por lo que vale la pena de vivir es para conquistar, con una vida limpia y

provechosa, el beneplácito de nuestros hermanos, y dejar a las generaciones nuevas el tesoro imponderable de nuestra ejemplaridad.

Y ese lauro, señor Presidente, que es la conquista de toda una vida, lo habéis recogido ya; nosotros, vuestros amigos y vuestros admiradores os hemos tejido esa corona; y la colocamos en vuestra frente como símbolo del mayor triunfo y del más grande homenaje”.

Lugo, el Sr. Presidente en ejercicio invitó a hacer uso de la palabra al Profesor D. Clemente Estable, quién dijo lo siguiente:

El silencio que precede al uso de la palabra en público es siempre grávido y pocas veces se piensa en la responsabilidad que se contrae al interrumpirlo.

Hoy vine a la Academia con el inocente sosiego de quien está resuelto a escuchar y no hablar y la alegría de asistir a un merecidísimo homenaje.

Confiesa Anatole France que el mayor goce de su vida consistía en recitarse en secreto los versos de Racine. Siéntase o no así el mayor goce, indudablemente que cuando autor ha ganado el íntimo silencio de las almas, en ese insobornable silencio se le rinde el más sincero y elevado homenaje.

Confiesa Anatole France que el mayor goce de su vida consistía en recitarse en secreto los versos de Racine. Siéntase o no así el mayor goce, indudablemente que cuando un autor ha ganado el íntimo silencio de las almas, en ese insobornable silencio se le rinde el más sincero y elevado homenaje.

Ahí estaba yo, pero el Dr. Couture, con simpático gesto, me insinúa, como a los demás académicos, que deje alguna constancia de mi personal adhesión, y sin deliberarlo va sucediendo lo que desea el Dr. Couture.

Cincuenta años de fidelidad a las letras... ¡Eso sí que no se improvisa!

Desde el resonante triunfo inicial, ha sido notable el crecimiento de su obra.

Raúl Montero Bustamante es un poeta, es un prosista, es un ensayista, es un historiador, es un hombre de espíritu que se preocupa porque la vida sea, en lo posible, una obra de Arte... no exclusivamente de Arte, se entiende.

Contribuye al progreso cultural del país con su importante y extensísima obra y el ministerio, *per vita*, de exaltar valores.

En este ministerio, más que generoso, es pródigo. El tacaño es su antípoda.

Actualmente sorbe su vida, además del hogar, la producción y la religión, la Academia y la Revista Nacional. Suave en sus modales, firme en sus propósitos, la Academia avanza y la Revista no retrocede.

En otra oportunidad hemos dicho que hay en la Vida otra cosa y más, muchísimo más, no sólo de lo que sabemos, sino también de lo que imaginamos. De ese más florecen los milagros, anuncio del misterio, aun para aquellos que, como el poeta de Arezzo, viven en el dolor y mueren en la esperanza...

Montero Bustamante sabe, o mejor que sabe, intuye como artista, que el conocimiento es menos que la experiencia y la experiencia menos que la realidad y la realidad no es todo...

Con movimiento acelerado o enlentecido todos vamos a parar al borde del abismo. Sobrecogidos, no sabemos qué decirnos. Volvemos al silencio...

Serenísimo amigo Raúl Montero Bustamante, serenísimo Presidente de la Academia, mi homenaje está en lo que no digo más que en lo que digo... Sé que me comprende y basta...".

Al dar fin el Profesor Estable a su improvisación, el Académico D. Fernán Silva Valdés dijo:

"Yo no había pensado hablar en este acto, pero al notar que todos me miran como esperando de mí algunas palabras las pronunciaré. Confieso que tratándose de un homenaje a Montero Bustamante me es más fácil quedar callado que improvisar algo. Pero no voy a hablar de la obra literaria de nuestro amigo, que ya otros la han tratado mejor de lo que lo haría yo. Además no la tengo lo suficientemente presente para ello, y menos aun el canto a Lavalleja, cuyo cincuentenario se conmemora. Voy a ser distinto a todos, pues ello me complace, y diré que estando tan unidos como están o como estuvieron por lazos de historia y de amistad los antepasados de Montero Bustamante con los míos, voy a recordar alguna anécdota jugosa que tuvieron por protagonistas al tío abuelo materno de Raúl Montero, Don José Cándido Bustamante, y mi abuela, también materna, Doña Virginia Muñoz de Valdés. Antes diré que mis abuelas, tanto la materna como la paterna, tanto la de Valdés como la de Silva, eran dos señoras bien representativas de las mujeres partidarias y apasionadas de la época. Ambas eran blancas oribistas, de las que peleaban por sus ideas, o sea sus divisas, y tan mujeres de acción que allá por la Guerra Grande, junto a con otras señoras de su laya, recibieron una noche en el Puerto del Buceo –o sea, en el Puerto de Oribe-, un pailebot con armas y bagajes de guerra, capitaneando ellas, un grupo de hombres a sus órdenes. Bien, con señoras de este jaez se tuvo que ver el tío abuelo de Montero, siendo Jefe Político de Montevideo, Don José Cándido Bustamante. Era cuando la "Revolución de Aparicio" en el 70 y mi abuela Valdés presidía una comisión de señoritas que cosían ocultamente para los revolucionarios. Hacían ponchos, bombachas, o chiripaes, blusas y divisas, las enviaban periódicamente a su destino por medio de una empresa de diligencias de un señor Alvariza. Pero llegó un momento en que aquellos envíos no se pudieron tener más tiempo ocultos. La policía los había descubierto, y fichado a los dirigentes. Entonces el Jefe, Don Cándido Bustamante, mandó llamar a su despacho a mi abuela, de la cual era amigo, la señora de Juan Valdés –revolucionario oribista y Jefe de la División Tacuarembó en la Guerra Grande-, y la habló diciéndole que lo estaba comprometiendo con los constantes envíos de ropa a los revolucionarios, y que si no suspendían tales tareas, se vería en la dolorosa obligación de cumplir sus deberes de Jefe Político y de Policía, poniéndola presa. A lo cual mi abuela, con altanera insolencia de partidaria contestó: "A buena hora me va a poner presa, amigo Don Cándido, a buena hora, cuando ya hemos remitido todo lo que nos quedaba, hasta el último poncho y la

última divisa”, y acompañó sus palabras con una carcajada. Hasta aquí la historia familiar, que escuché muchas veces de labios de mi madre y de mis tías. Pero ahora viene la leyenda, los agregados, lo que yo lamo “flecós de la cometa”, los adornos de todo hecho que se presta al comentario que le pone el que lo oye y lo transmite. Esa leyenda dice que Don Cándido, con toda gracia y cierta galantería, le respondió a su turno, sonriente también: “Pero, Misia Virginia, ¿Ud cree que yo no lo sabía? La llamo ahora precisamente por eso, porque me consta que ya no le queda nada por enviar?...” Pero las mentas no paran ahí, porque otra versión la cuenta así: que el Jefe Político le contestó: “Señora, no se moleste más en realizar esos envíos, porque como ya la hemos descubierto, en la primer posta de la diligencia se los haré copar, y los ponchos, bombachas y demás efectos pasarán a manos del Gobierno”. A lo cual la de Valdés respondióle, también sonriente: “Entonces, señor Jefe, de hoy en adelante sólo enviaremos las divisas”. Bein: agregaré que el nombre de la señora madre de Raúl Montero se citaba de continuo en mi casa paterna, donde se le llamaba familiarmente Adriana Montero. Hace poco, precisamente, escuché otra historia que sería largo narrar, de labios de mi tía Luisa Valdés, que siempre menta a Raúl, aunque es mayor que él.

Y con todas estas historias de nuestras viejas familias patricias, con todas estas *mentas* de los Monteros y los Valdeses que llevo en la memoria, ¿cómo iba yo a quedarme callado en un acto como el presente, de homenaje a Raúl Montero Bustamante?

Amigos, no sé si todo esto ha sido oportuno recordar, no sé si me e salido de la vaina... perdonen, pero lo dicho, dicho está”.

Al académico Sr. Silva Valdés siguió en el uso de la palabra el Académico Dr. D. Emilio Oribe, en cuyo discurso, después de un exordio en el cual expresó cómo tomó conocimiento de la obra de D. Raúl Montero Bustamante, siguiendo después el desarrollo de ésta en sus culminantes etapas, condensó su sentir así:

“Las formas superiores de la inteligencia y de la sensibilidad, pertenecientes a movimientos culturales bien determinados históricamente, se condensan, se afinan y se encauzan muchas veces en obras y personalidades que se revelan como síntesis armónicas de todas ellas. D. Raúl Montero Bustamante nos hace revivir la coincidencia de la austeridad patricia de nuestro romanticismo del siglo anterior, y al mismo tiempo las exquisiteces del modernismo finesecular. En la crítica, en la poesía, en la historia, en la biografía, en la personalidad total de sus gestos, y en el sonreír y en el estrechar estilo de vida individual y de escritor, la velada emoción y la firmeza, la prestancia de honda raíz racial –española e hispano-americana-, y la múltiple convergencia de la universalidad de fines de siglo, supervivientes en él como un adorno espiritual, comprensivo y amplio y como un relámpago fijado sobre el tumulto y el desorden de nuestros días”.

Acto continuo el Sr. Vicepresidente invitó al Académico Prof. D. Carlos Sábat Ercasty a que hiciera uso de la palabra y éste dijo:

“En este mediodía en que la Academia celebra a su Presidente en el cincuentenario de su poema al General Lavalleja, no diré un discurso, pues varios y muy bellos se han pronunciado, y otros se dirán después de

que calle mi voz. Pero en lugar de un panegírico en prosa improvisada, leeré un soneto que aspira a ser un retrato espiritual de Raúl Montero Bustamante, retrato difícil por la riqueza del espíritu que pretende troquelar. En catorce versos cabe mucho, si cada uno es un signo profundo. Quisiera, pues, que cada uno de esos versos concretase una virtud, una belleza de la voluntad un paradigma del corazón o de la frente. Quisiera muchas cosas para un hombre que se levanta sobre el horizonte de la patria. Como un alto ejemplo. Y quisiera que Montero Bustamante, al oírlo, se sienta retratado en el Verbo, que en él, siempre ha sido una verdad, una emoción y un sentimiento”.

En seguida, el Académico Sr. Sábat Ercasty leyó el siguiente soneto inédito, de que es autor:

### RETRATO

Este Raúl Montero Bustamante,  
Señor, por se cabal su señorío,  
labra gentil, su escudo, en su albedrío,  
óvalo breve, sí, más de diamante.

Verbo, y no lanza, en gema triunfante.  
Largos los años, como largo el río.  
Hondo el caudal. Infatigado el brío.  
Hidalgo el pecho. Misticismo el semblante.

Héroes cantó. Los tiempos memorables  
viven erguidos en su viva pluma,  
y arrancados al foso de la muerte.

Añoso tronco. Ramas incontables.  
Una sonrisa fiel sobre la bruma...  
Feliz la estrella que dictó su suerte!